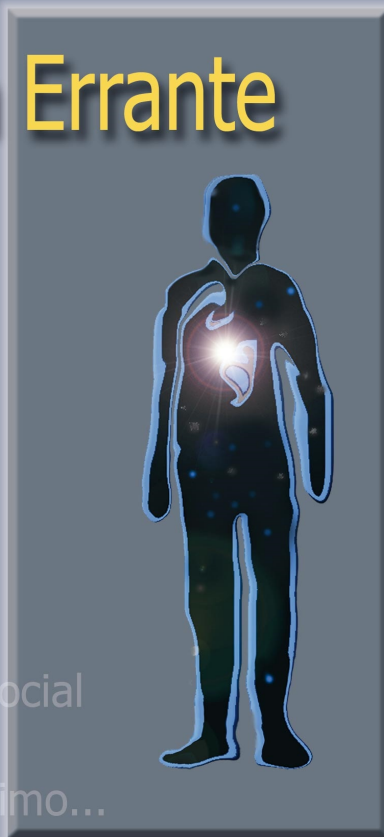


El Alma Errante

José L. Plaza

Conciencia social
Solidaridad
Amor al prójimo...



Entonces ¿por qué permanecemos pasivos
en tantas ocasiones ante el sufrimiento y
el dolor de nuestros semejantes?

El Alma Errante

José L. Plaza

Todos los personajes de este libro, nombres y apellidos utilizados, también las denominaciones de las empresas, así como las máquinas e ingenios mecánicos y electrónicos referidos, son ficticios, fortuitos, y toda concordancia con la realidad, es una pura coincidencia.

© 2024, Jose L. Plaza

Página Web: <http://www.proinfo.es/escritor/escritor.php>

Portada y Grabados Juan del Pozo (<https://www.juandelpozo.net>)

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra literaria, así como su almacenaje o difusión por ningún medio, sin previo permiso del Autor.

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	<i>Página</i>	<i>5</i>
<i>Capítulo I – El Accidente</i>	<i>Página</i>	<i>9</i>
<i>Capítulo II – La Transmutación</i>	<i>Página</i>	<i>21</i>
<i>Capítulo III – La Clínica</i>	<i>Página</i>	<i>38</i>
<i>Capítulo IV – El Anciano</i>	<i>Página</i>	<i>54</i>
<i>Capítulo V – El Abogado</i>	<i>Página</i>	<i>71</i>
<i>Capítulo VI – La Minusválida</i>	<i>Página</i>	<i>98</i>
<i>Capítulo VII – El Parto</i>	<i>Página</i>	<i>127</i>
<i>Capítulo VIII – El Músico</i>	<i>Página</i>	<i>147</i>
<i>Capítulo IX – El Inmigrante</i>	<i>Página</i>	<i>168</i>
<i>Capítulo X – La Vendedora</i>	<i>Página</i>	<i>189</i>
<i>Capítulo XI – El Profesor</i>	<i>Página</i>	<i>207</i>
<i>Capítulo XII – La Ejecutiva</i>	<i>Página</i>	<i>240</i>
<i>Capítulo XIII – El Millonario</i>	<i>Página</i>	<i>257</i>
<i>Capítulo XIV – La Novia</i>	<i>Página</i>	<i>285</i>
<i>Capítulo XV – El Informático</i>	<i>Página</i>	<i>304</i>
<i>Capítulo XVI – El Mafioso</i>	<i>Página</i>	<i>314</i>
<i>Capítulo XVII – El Juez</i>	<i>Página</i>	<i>336</i>
<i>Capítulo XVIII – El Regreso</i>	<i>Página</i>	<i>357</i>
<i>Capítulo XIX – El Propósito</i>	<i>Página</i>	<i>374</i>
<i>Capítulo XX – Epílogo</i>	<i>Página</i>	<i>393</i>

Prefacio

En portada, inquietante pregunta que, profusamente, se desgrana en el devenir del protagonista de «El Alma Errante» a lo largo de su viaje por el mundo interior de los diferentes personajes, y dónde éste, finalmente, encuentra su respuesta.

Pero es más, ¿por qué decidí escribir «El Alma Errante» y que perseguía con ello?... ante todo, es necesario evidenciar, como una realidad tangible, el hecho de que nuestra sociedad pivota sobre el núcleo familiar, de que nuestro corazón se abre a hijos, padres, familiares cercanos... y de que profundos sentimientos se apoderan de nuestro espíritu cuando vemos padecer a alguno de éstos seres queridos: sufrimiento, tristeza, desasosiego, depresión, impotencia,... un estado de infelicidad manifiesta, en resumen. Sin embargo, muchas veces éste mismo corazón permanece impasible, como si fuese de piedra, ante los padecimientos del resto de nuestros semejantes.

Es también cierto que el ser humano ha evolucionado muy rápidamente en los últimos siglos, pero esta evolución está dramáticamente tildada de fuertes componentes tecnológicos, económicos y comerciales. Valores como el poder, el dinero, el protagonismo, son determinantes del modo de vida, del nivel de satisfacción y felicidad de millones de habitantes de este planeta. Los intereses creados prevalecen casi siempre sobre el bienestar de los demás y las acciones desinteresadas.

La intolerancia, la incompreensión, el egoísmo,... son la bandera que esgrimen muchos de nuestros «héroes», de nuestros «modelos

públicos» engrandecidos por el marketing y la publicidad.

Cada persona tiene su propia escala de valores, establece sus juicios de valor con su propia experiencia, su óptica de las experiencias de los demás y los conocimientos que ha acumulado a través de los años y, a partir de todo ello, actúa, toma sus decisiones, subjetivas, en la certeza que le permite su capacidad intelectual.

A título de ejemplo pensemos que, ciertamente, es muy difícil entender en toda su dimensión la angustia y el dolor que siente una persona accidentada que está ardiendo frente a nosotros, con quemaduras de primer grado en el 90% de su cuerpo, y que nos pide a gritos que acudamos a ayudarla, o la desesperación de una madre que escucha el desgarrador llanto de su hijo hambriento al que no tiene nada para darle de comer en su poblado centroafricano, y nos suplica algo de pan, de alimento. Realmente difícil de entender, si nuestra experiencia vital acumulada no ha registrado, no ha padecido, no ha sufrido estos acontecimientos en propia carne.

Todos y cada uno de nosotros tenemos nuestra propia respuesta a la pregunta, pero ¿sería la misma actitud si hubiésemos pasado por semejantes experiencias? En plena civilización y cultura del siglo XXI ¿necesita aún nuestro espíritu ser forjado?, ¿tenemos realmente que superar todavía pruebas de fuego para olvidarnos un poco de nosotros mismos y sacar a la luz nuestra conciencia social, nuestra solidaridad con las necesidades de nuestros semejantes y nuestro amor al prójimo?

«El Alma Errante» es un periplo, un viaje introspectivo de análisis emocional y comportamiento humano, esbozos de la vida de muchos de nuestros semejantes, pero a la vez de uno solo. Son las reflexiones, las sensaciones más profundas de una persona, como reflejo y retrospectiva del mundo y de las sensaciones de otras bien distintas.

Es el salto evolutivo más trágico del espíritu humano, como resultado del aprendizaje más cruento.

«El Alma Errante» es, así mismo, una apología de los comportamientos más hermosos del ser humano, sus actitudes más justas, más desinteresadas y beneficiosas para compartir las necesidades de sus semejantes. En cada capítulo, explora los pensamientos y la forma de actuar de una persona, diferente cada vez, y extrae, resalta su parte positiva, sintetizando los mensajes más significativos o, en caso contrario, denuncia, censura radicalmente su parte humana negativa.

En este punto, es fundamental significar que la narrativa, en un lenguaje sencillo y directo, mantiene, en todo momento, la intriga derivada de la confrontación entre la sensibilidad del protagonista y la de sus anfitriones; en otras muchas ocasiones, el suspense dimanante del posible desenlace de las acciones de algunos de los personajes y, con otros, finalmente, el erotismo intrínseco a la propia naturaleza humana, como parte de obligada mención, en su vida rutinaria, de forma ocasional, o en sus más íntimas fantasías.

Así mismo, la especial atención dedicada, en uno de los personajes, a patentizar el peregrinaje, los sufrimientos y la angustiosa soledad de personas con enfermedades terribles o poco comunes y, en éste último caso y por ésta causa, con importantes carencias. Sin olvidar, en otro de los personajes, la figura del inmigrante, de la persona que sufre la descorazonadora intolerancia, la flaca comprensión de casi todos los que le rodean, y la incommensurable distancia, no sólo física sino también humana, de sus seres queridos.

El objetivo último que persigue «El Alma Errante» es concienciar al lector, y por ende a la opinión pública, de las inquietudes, de la continua búsqueda de afectividad, de las necesidades y esperanzas

de las personas que nos rodean, resaltando la parte positiva de sus actitudes, a través de arquetipos elegidos de entre los muchos existentes en la sociedad actual, y transmitir, imbuir, pautas de una conducta más comprometida, más justa del individuo para con sus semejantes. Si se logra este cambio de pensamiento, en una pequeña, en una mínima parte... mi esperanzado objetivo estará plenamente conseguido.

El Autor

Capítulo I

El Accidente

«...aconteció que estaba el Gran Filósofo Eterno reunido con sus alumnos, cuando se acercó un joven resuelto para preguntarle: —Maestro, quiero ser justo... ¿qué debo hacer? Él contestó: Abre tu corazón a tus semejantes, ponte en su lugar y piensa en los resultados de tus actos para con ellos, siente como ellos se sentirían... después, vuelve a ti mismo, y actúa como te dicte tu conciencia...»

Ámsterdam, ciudad cosmopolita, amalgama de razas y culturas, donde se cuajan grandes negocios de la más diversa finalidad, desde diamantes hasta prostitución, un buen lugar para vivir... ¿por qué no? Una gran mansión o una barcaza mugrienta en un canal perdido, de los muchos que alberga la así universalmente conocida como la «Venecia del Norte».

Un día especialmente caluroso, finales de Julio del año 2003. Son las doce del medio día y Claudia —mujer joven, de unos 25 años de edad, de buena presencia y con ropa provocativa— está detenida ante la majestuosa entrada del

Banco Internacional de Ahorros —edificio singular, de estilo barroco del siglo XVII, posiblemente obra de Quellinus, el ilustre escultor de origen flamenco— al principio de sus escaleras de piedra, desgastadas por el continuo ir y venir de los visitantes, medita... es el tercer banco que visita en esta semana en búsqueda de financiación para su nueva vivienda, y necesita una respuesta rápida.

Con firmeza, Claudia comienza a subir los escalones, hasta las puertas automáticas de cristal que dan acceso al interior de la entidad; silenciosa y pausadamente se abren, y ella, avanzando nuevamente, penetra en el interior. Es una sala grande, con altos techos y lámparas clásicas, de bronce, colgando. Se escucha un murmullo proveniente de los clientes y empleados situados en las ventanillas y mesas de servicio repartidas por toda la estancia. Hay cámaras de video—control y varios vigilantes uniformados situados estratégicamente, con pistola y porra, para atender —piensa, sarcásticamente— a los «visitantes inoportunos».

Claudia, con un rápido vistazo, observa que a escasos diez metros suyos, hay un Punto—de—Información y, sin dilación, se dirige a él.

—Buenos días señorita, ¿me podría usted informar de los créditos hipotecarios? —pregunta Claudia, con tono agradable—.

—Muy buenos días, encantada de atenderla... le ruego pase por este pasillo, y en la tercera mesa le informará nuestro

Asesor de Créditos, el Sr. Víctor Lexter —replica la empleada con una sonrisa en la boca—.

Claudia bordea la mesa... a su derecha está situado el pasillo, avanza con el tintineo de sus zapatos de tacón afilado, con la cabeza erguida, con una mirada altiva... que dirige al final de la amplia estancia, donde hay multitud de mesas con ordenadores, repletas de papeles y carpetas, y cuyos moradores, de forma escondida, casi imperceptible, lanzan sus afiladas miradas hacia ella.

—¿El Sr. Lexter? — pregunta Claudia frente a la tercera mesa que ha contado desde el principio del pasillo—

—Sí..., buenos días, por favor, tome asiento y dígame... en que puedo ayudarla —la recibe Víctor con una agradable sonrisa—.

Víctor Lexter es el hombre medio de cualquier sociedad avanzada, como puede haber millones, posiblemente cientos de millones, de habitantes en nuestro planeta. Con treinta y dos años de edad, de copioso pelo moreno, con inicio de canas, ojos ceniza, mirada penetrante, semblante serio, atractivo, de complexión atlética..., se siente infeliz, frustrado porque, con su edad, no ha conseguido el nivel de bienestar que, según él entiende, la sociedad exige.

Esto es, un alto puesto ejecutivo en una gran empresa, un salario realmente abundante, una casa de película en propiedad, uno o varios coches deportivos, vacaciones a lugares de ensueño, una mujer maravillosa y unos hijos

estupendos, que le comprendan, le respeten y le quieran con locura.

En su lugar, es uno de los muchos asesores de un banco como otro cualquiera, vive de alquiler, su único coche es un utilitario que tiene ya ocho años y no sabe cuánto tiempo le podrá durar, hace dos años que no puede salir de vacaciones porque no le llega el sueldo, su mujer, tras un corto matrimonio, le abandonó por irse con su amante, y ahora está divorciado; y respecto a hijos... tiene la esperanza de tenerlos algún día.

Siente envidia, y hasta un cierto odio por quienes han conseguido lo que él no tiene: dinero y poder... desde antiguos compañeros de estudios, hasta sus mismos jefes en el banco.

No es proclive a ayudar a nadie, si no tiene claro que va a obtener alguna contraprestación económica o social de ello. Considera que todo el mundo debe arreglárselas solo, como él tiene que hacerlo: que cada cual cargue con su cruz —ésta es su filosofía—.

Está inmerso en la rutina de cada día, su mundo es el banco, una inútil y esporádica búsqueda de un mejor puesto de trabajo (hay mucha y buena competencia para conseguir lo que él busca), sus relaciones con su novia (no todo lo buenas que él quisiera), ir a un restaurante de nivel medio, no más y sólo de vez en cuando, y visitar una vez al mes, o menos, a sus padres que viven en Eindhoven: kilómetros, gasolina y tiempo perdido para hablar de las mismas historias de siempre

—piensa él—.

—Mire usted.. Víctor, mi novio y yo estamos buscando casa aquí, en la capital, desde hace más de dos meses, y hemos encontrado una que nos gusta mucho. En prensa, ustedes ofrecen créditos muy ventajosos y quisiéramos saber si podríamos acceder a uno de ellos, con unas buenas condiciones económicas —explica Claudia, con voz tenue, para que sólo la escuche Víctor y completamente decidida a tutearle dado que el hombre que tiene de frente debe rondar su misma edad—.

—¿Señora...? —increpa Víctor—

—Claudia, señorita Claudia Stinson... —contesta con voz firme—

—Muy bien Srta. Stinson. Efectivamente, usted ha venido al sitio adecuado para resolver sus necesidades crediticias — Víctor hace acopio de su mejor dialéctica comercial a favor del banco que representa— ya que nuestra empresa lleva más de cincuenta años concediendo créditos con las condiciones más ventajosas del mercado. Pero, dígame, ¿dónde está situada la casa? —pregunta él, no sin un cierto matiz de curiosidad—.

—En la zona de Watergraats, muy céntrica... tiene dos plantas y una zona de jardín de unos 2.500 m²... muy cuidada —manifiesta Claudia, a quién se le ha iluminado la cara, transmitiendo su complacencia por el lugar—.

—Muy bien, como primera medida, tendremos que visitarla, para tasarla, valorar su estado general y determinar la cantidad

máxima de la hipoteca que podríamos proporcionarles. ustedes tendrán que aportarnos sus datos de ingresos por remuneración de trabajos, relación de bienes y, lógicamente, abrir una cuenta en nuestra entidad —replica Víctor—.

—Estamos de acuerdo, —una sonrisa aparece en la boca de Claudia que entiende que la entidad está interesada en gestionar el crédito que necesita y, ni corta ni perezosa, se apresura a darle datos precisos de su capacidad económica y profesional a Víctor— le anticipo que nosotros tenemos una casa grande en la zona de la playa, Bloemendaal, otra algo más pequeña en Lisse, un apartamento en Landsmeer y otro en la zona de Laren. Mi novio es ejecutivo de la empresa Nordcam Components y yo soy Relaciones Públicas en el Grupo Asesor Holland Royalties —explica ella con presteza, y un tono de voz que denota un gran orgullo—.

—Gracias, muchas gracias... Srta. Stinson, voy a preparar su expediente y la documentación necesaria y, le ruego, concierte la visita con el vendedor para realizar la tasación de la casa —le responde Víctor, levantándose de su silla, con voz algo entrecortada y mirando directa y atentamente a los ojos de Claudia, entre sorprendido y perplejo, mientras le entrega una de sus tarjetas-de-negocios que ha extraído del cajón de la mesa—.

Claudia se incorpora, sin dejar de mirar a la cara de Víctor, le ha hecho una valoración como hombre y es aceptable. Pero primero son los negocios, así que tiene que darle cuerda para

tener su mejor voluntad hasta conseguir la concesión del crédito. Su sensibilidad le dice claramente que ella le gusta como mujer a Víctor, y tiene que sacar el mayor partido de ello, pero sin concesiones a priori. Tiene que jugar bien sus cartas, y ella sabe como hacerlo.

—Le agradezco mucho su atención... Víctor, encantada de conocerle. Le telefonearé lo antes posible, porque nos corre prisa esta operación. Hasta la vista —explica Claudia, mientras le estrecha la mano para despedirse, durante unos veinte largos segundos en los que, a pesar del aire acondicionado, se genera un calor significativo entre ambos apéndices—.

Claudia comienza a alejarse por el pasillo hasta alcanzar nuevamente la sala central del banco, y se dirige hacia la puerta de salida. Víctor no ha podido dejar de mirarla, repasando toda su figura, su contorno al caminar, y piensa — ¡maldita sea!, la cantidad de dinero que tiene la zorrita ésta, porque, yo ya sé a qué clase de *relaciones públicas* se dedica... y su novio, debe ser el típico hijo de millonario, que trabaja en la empresa de papá, un monigote para ella, al que le tiene comido el sexo... ¡seguro!; y yo aquí, buscando créditos baratos para gentuza con más dinero que vergüenza, día tras día, y mal llegando a fin de mes para pagar el alquiler del cuchitril donde vivo... ¡es que los hay con suerte!—.

Una vez que ya ha desaparecido por la salida, Víctor se vuelve a sentar, mira el reloj y calcula el tiempo que le queda para salir, tiene otros expedientes en marcha pero,

indudablemente esta operación tiene prioridad por la envergadura de la finca y el potencial económico de los solicitantes. Busca los diferentes impresos necesarios para tramitarla y comienza a rellenarlos.

Por fin, termina la jornada, sale del edificio y se acerca al Centro Comercial de la calle de al lado, donde tiene aparcado su coche en el aparcamiento del segundo sótano. Tiene un bono mensual que le permite dejarlo aparcado todos los días desde las 7 hasta las 15 horas, por 25 euros de pago mensual.

Coge el ascensor, algo oxidado y se escuchan varios ruidos que hacen pensar en una inminente parada a medio piso, pero al final, afortunadamente, le deja sin sobresaltos en el área donde está su vehículo. Recorre rápidamente los veinte metros escasos que le separan de la puerta del ascensor, introduce la llave en la puerta del coche y se sienta al volante. Lo pone en marcha, maniobra para sacarlo de la plaza de garaje y sube la rampa de salida. Seguidamente, introduce su tarjeta—de—socio en el punto—de—control, y se incorpora al tráfico de la ciudad.

El semáforo se ha cerrado y, parándose ante él, murmura entre dientes — otra vez como siempre, el atasco de los viernes, 20 minutos para llegar a la autopista, y luego a ver cómo te pasan los deportivos de turno—.

—¡Pero hombre!... ¡Arranque de una vez!, ¿no ve que el semáforo está abierto?, ¿en qué está pensado?, ¡qué es para hoy! —le increpa, en voz alta y con mal talante, el conductor

del vehículo inmediatamente detrás del suyo, que ha sacado la cabeza por la ventanilla—.

—¡Vale, hombre!, ¡qué yo también tengo prisa!, ¡qué te den!... —responde Víctor con un gesto del dedo corazón estirado y pisando fuerte el acelerador—.

Habiendo recorrido ya la avenida que lleva hasta la salida sur de la ciudad, se incorpora a la autopista en dirección a Utrecht, de tres carriles, y elige el carril central, ni lento ni rápido, como su estado de ánimo. Es viernes y hay bastante circulación, todo el mundo ha terminado la jornada y espera el fin de semana para descansar, como él mismo, si bien en esta ocasión la visita de Claudia le ha alterado de forma inusual. Víctor busca el CD—ROM de Pink Floyd, lo pone, suena la canción «Money», y queda absorto en sus pensamientos, no puede dejar de sentir envidia del éxito de los demás, varios compañeros de estudios tienen su propio gabinete, y mucho dinero, y él vive precariamente.

—No puedo seguir así, tengo que conseguir otro trabajo, apenas me llega el sueldo para pagar el alquiler, gasolina todos los días, 40 kilómetros, comida rápida barata y, de vez en cuando, ir al cine... tengo que llamar a Ana, estoy seguro de que me quiere pero no se decide a venirse a vivir conmigo... no le doy seguridad, con mi situación económica, ¿quién va a querer una relación conmigo? Cuando terminé los estudios todo parecía fácil, un Master en Economía y eres el dueño del mundo, decían... como Asesor de Créditos en una entidad

bancaria, nivel 4, esto es, casi en la base de la pirámide, y muchos años para subir. Y luego el divorcio, todo iba tan bien, hasta que tuvo que aparecer en escena su profesor de equitación... pero, ¿qué sucede?... ¡no me da tiempo!... ¡Por Favor! —exclama Víctor, aterrorizado.

Víctor ve, con espanto, cómo el autocar del carril de la derecha al suyo hace un movimiento extraño y se abalanza sobre su vehículo.

—¿Qué hace?... ¡socorro!... ¡ayuda! —exclama Víctor gritando y girando el volante a la izquierda al máximo—.

Se produce la colisión lateral del autocar con el coche de Víctor, y lo arrastra contra los vehículos del carril izquierdo de la autopista, es una colisión en cadena y se forma un amasijo de vehículos destrozados.

Víctor, herido y golpeado fuertemente en la cabeza, pierde el conocimiento y, pasado lo que para él ha sido apenas un segundo, recupera la consciencia tremendamente consternado.

—¿Dónde estoy?, ¿dónde me llevan?, ¿qué ha pasado? —pregunta, abriendo los ojos y percatándose de que va en una ambulancia. No siente dolor, y sólo le parece estar sumergido en un terrible sueño—.

—Tranquílcese, todo está bien. Ha sufrido un accidente de tráfico y vamos al Hospital Central Hilversum. Le hemos administrado calmantes, tiene un traumatismo en la cabeza y es necesario operarle, pero todo va a salir bien, le están

esperando los doctores y todo está preparado —le responde el Auxiliar Médico que le acompaña en la ambulancia—.

El semblante de Víctor cambia y se ve presa del pánico, pero está firmemente sujeto y no puede moverse, le aturde la sirena de la ambulancia, sus aceleraciones y deceleraciones, sus giros a derecha e izquierda, y el tiempo se le hace eterno.

—Dios mío... voy a morir, ¿qué he hecho en mi vida?, no tengo hijos, mi matrimonio ha fracasado, Elena es buena mujer y al principio fuimos muy felices, ¿qué hice mal con ella?, ¿fue el puñetero dinero o que no la dediqué el tiempo suficiente? ¿Y ella, se enfada por cualquier cosa, ese malhumor de todos los meses, es muy difícil de llevar algunas veces? Pero, ya da todo igual, ya no me queda tiempo para nada... voy a morir —piensa Víctor de forma autocrítica, y amargamente, con una lucidez poco habitual en él—.

La ambulancia se detiene, ha llegado al hospital, a la zona de urgencias... abren el portón trasero, y sacando la camilla del vehículo, dos enfermeros la llevan a toda velocidad por los pasillos de la planta en dirección al quirófano. Interviene el Dr. Simon Kaufman, neurocirujano.

La camilla de Víctor entra en el quirófano y él, con la cabeza sujeta sin poder moverla, mira de reojo a su alrededor. Hay tres hombres y una mujer —cirujano, ayudante, anestesista y enfermera— y muchas estanterías, con cristales transparentes, medicinas y diversos instrumentos dentro de ellas. Una congoja recorre todo el cuerpo de Víctor, siente un nudo en el

estómago y un tic nervioso que se le ha puesto en la pierna izquierda.

Hay muchos equipos electrónicos que él a duras penas identifica —monitor de constantes vitales, electrocardiógrafo, desfibrilador, aspirador, varias pantallas...—pero la camilla ya ha sido acoplada, y su mirada se queda fija en la luminaria del techo, con tres potentes focos.

El Dr. Kaufman se acerca, lleva uniforme verde y guantes de látex semitransparentes en las manos. Es una persona de alrededor de 50 años, con semblante noble... y la esperanzada mirada de Víctor se dirige hacia él.

—Doctor, ¿voy a morir...? —exclama Víctor, de forma angustiada, y mirando fijamente a los ojos del cirujano apenas visibles por la mascarilla—.

—Tranquilo, tiene una esquirra en la cabeza que tengo que extraerle, pero lo he hecho muchas veces, relájese, ahora se va a dormir y cuando se despierte todo estará bien —le responde con voz templada el Dr. Kaufman—.

Mientras habla con el cirujano, ha notado como le han cogido un vial en el brazo izquierdo y la enfermera le ha extraído sangre. Seguidamente, el anestesista procede a inyectarle la anestesia, que empieza a hacer efecto y todo comienza nublarse para él...

—¡Doctor!, ¡doctor!, ¿quedaré normal? ¿mis padres?... ¡Avisar... Docrrr...! — profiere Víctor, balbuceando, con palabras ya casi ininteligibles, y pierde la consciencia—.

Capítulo II

La Transmutación

Víctor duerme, una luz intensa ilumina la zona craneal de su cabeza, y el Dr. Kaufman se acerca para examinar la herida. Hay líquido cefalorraquídeo —sustancia cerebral— en ella; el traumatismo ha provocado la rotura del cuero cabelludo, los huesos y la duramadre... se trata de una herida abierta directa.

Antes de proceder a la cirugía es necesario controlar la presión intracraneal (ICP) y le indica a Jonatan Logan —su ayudante cirujano en esta intervención— que proceda a situar un catéter intraventricular conectado al transductor del quirófano, y que también controle el nivel del líquido cefalorraquídeo mientras él interviene al paciente, para su eventual drenaje.

Seguidamente, le sitúa estratégicamente varios electrodos insertándolos en el cuero cabelludo, y los conecta al electroencefalógrafo.

—Pinzas, escalpelo,... voy a adentrarme en el espacio intracraneal para determinar la existencia de restos del impacto —comenta el Dr. Kaufman solicitando el instrumental a Carol Ardeen, enfermera quirúrgica asignada a la intervención—.

Con gran destreza identifica y extrae dos esquirlas

metálicas que, afortunadamente, permanecían incrustadas con poca profundidad en la masa gris. Es una lesión focal muy localizada, y —según piensa— parece no haber afectado a los axones de la zona.

—Sutura... —inquieta el Dr. Kaufman pero, en ese momento, las luces del quirófano fluctúan.

—Los instrumentos... —dice con voz temerosa el Dr. Logan mientras observa como se apagan todas las pantallas—.

Pasan tres escasos pero interminables segundos, la estancia se ha quedado a oscuras y todo el equipo permanece quieto, sin moverse, no saben qué hacer. Pero, repentinamente, vuelve la energía, las luces se encienden con una luminosidad desmesurada y los instrumentos se activan nuevamente... al cabo de unos instantes, las luces bajan su intensidad y todo parece volver a la normalidad.

—Señores, continuemos... ha habido una caída energética, pero ya está solucionado —comenta el Dr. Kaufman—.

—Doctor, creo que ha ocurrido una sobrecarga al volver la energía, no habrá afectado... —replica el Dr. Logan con palabras inquietantes—.

—No creo, Jonatan, nuestro instrumental es de última generación y tecnológicamente está preparado para estas anomalías, esté usted tranquilo —se apresura a responder el Dr. Kaufman sin dejar que Jonatan termine su frase—.

La intervención ha concluido, todo el equipo se retira excepto Carol, la enfermera, que permanece en el quirófano

organizando el instrumental en espera de que pasen los efectos de la anestesia. Se acerca al lavabo para lavarse las manos y la cara. La tensión ha sido mucha, y necesita refrescarse.

Tras escasa media hora, observa que Víctor comienza a moverse y a parpadear, y presta, llama a los doctores para que acudan al quirófano.

Víctor abre los ojos, recupera la consciencia... siente un profundo dolor en el interior de su cerebro, como si le fuese a explotar la cabeza, siente náuseas. Súbitamente su vista comienza a nublarse, siente espasmos, y su ritmo cardíaco cae en picado.

—Rápido, adrenalina, 2ml...—exclama con voz potente el Dr. Kaufman, que estaba observando a Víctor, al volver la cabeza hacia el electrocardiógrafo, y mirando a Carol—.

Carol se apresura a llenar la jeringuilla, la sitúa en el vial de Víctor, le sujeta firmemente el brazo, y el líquido penetra en su corriente sanguínea. Se percata de que, con las prisas, no se ha puesto los guantes, pero parece que nadie se ha dado cuenta.

El Dr. Kaufman —pensativo— no se explica por qué Víctor ha entrado en estado de coma. No hay ninguna área neuronal afectada, y no debería haberse producido esta situación. Por un momento piensa en lo que le comentó su ayudante, en la sobrecarga energética producida durante el apagón que podría haber afectado de alguna forma al cerebro de Víctor, pero

concluye que es mejor esperar la evolución en las próximas 24 horas.

Víctor siente un inmenso sopor, todo se vuelve negro, un frío invade todo su cuerpo, siente como si cayera a un pozo. A lo lejos, al fondo de ese túnel, de ese abismo indescriptible, siente calor, mucho calor, como si hubiese un fuego reconfortante... no opone resistencia, se deja caer, libremente, y siente como todo su ser es tragado por el abismo.

Han pasado segundos, minutos, quizás horas, ha perdido la noción del tiempo en su periplo por las tinieblas, pero ya no siente frío, todo lo contrario, se siente muy bien, y su mente se despeja, está recuperando la consciencia.

Las imágenes llegan a sus ojos y ya todo aparece con claridad. Está dentro del quirófano, y es evidente que la operación ha terminado con éxito, y él se está recuperando de la anestesia —piensa, mientras le invade una inmensa alegría—.

De repente, algo le resulta extraño, está de pie... porque está viendo a las otras personas a su alrededor. Pero él debería estar tumbado, no recuerda haberse levantado, y recién operado no debería poder levantarse... ¿qué sucede?.

La camilla, ¿dónde está la camilla?... Víctor quiere buscar la camilla, girar la cabeza y los ojos ¡pero no puede!. Dios mío —piensa— ¿qué me ocurre? ¿me he quedado paralítico?.

—¡Socorro, Doctor! — grita Víctor, aterrorizado—

Nadie responde, todo permanece igual, es como si nadie le

oyese, sólo él mismo. El pánico le invade pero, en ese momento —y sin que él lo hubiese decidido con una orden mental— da un paso adelante, gira la cabeza y... ¡Horror!, ahora puede ver la camilla y él está tumbado en ella.

—Definitivamente ha entrado en coma. Sus constantes son estables, habrá que esperar su evolución en las próximas 24 horas. Vamos a trasladarlo a la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI). ¡Carol!, ¡encárguese del procedimiento! — explica el Dr. Kaufman a todos los presentes, con tono imperativo—.

—Sí doctor, inmediatamente —replica Carol—.

Víctor oye estas últimas palabras como un estruendo proveniente de su interior, y ha sentido como su lengua, sus labios, y su boca se movían... ¿es él quien las ha pronunciado!. ¡Pero no ha sido él!, ¡él no ha dicho nada!.

—... el doctor dice que ¡estoy en coma! ¿dónde estoy? ¡No puede ser... la enfermera, mi voz era la de la enfermera... Dios mío, ¡ayúdame! —Víctor exclama aterrorizado, no puede entenderlo pero es como si él fuese la enfermera, como si estuviese dentro del cuerpo de la enfermera—.

—Me siento cansada, esta operación de urgencias era lo que me faltaba, desde las siete de la mañana que comencé el turno, y ya es de noche. Voy a rellenar los papeles para el traslado de este hombre y me voy a casa —Víctor capta estas palabras, pero no sabe de donde proceden, son muy tenues, con una pronunciación perfecta, sin altibajos—.

Víctor siente una angustia inconmensurable, un tremendo

shock, no sabe si es realidad o una ficción, resultado de los efectos de la anestesia...

—Sí, esto es, sólo un horrible sueño, no puede ser otra cosa —exclama Víctor mientras se tranquiliza y piensa que en unos momentos se despertará y el mal trance habrá pasado—.

Pero Carol comienza a andar, y Víctor siente el movimiento de sus piernas. Se dirige hacia una mesa, sus manos cogen una bandeja con instrumental, y él las ve...

—¡No son mis manos!, ¡son las de una mujer!, ¡tengo sujeta la bandeja!...— exclama Víctor mientras suplica desesperadamente que termine este mal sueño—.

Carol se dirige al Punto-de-Registro de la planta para rellenar el informe y el parte de traslado de Víctor a la UCI...

—Paciente con Traumatismo Cráneo—Encefálico como resultado de un accidente de tráfico, ingresado el 23 de Julio de 2003 por urgencias, intervenido por el Dr. Simón Kaufman, neurocirujano de servicio, extracción de dos esquirlas de metal incrustadas en la materia gris, zona superior derecha del cráneo, sutura y completitud normal. Anestesia general, recuperación a las 20h12', presenta desvanecimiento, espasmos y arritmia sistólica. Se le administra Adrenalina 2ml por vía intravenosa. No reacciona y cae en estado de coma. Se requiere su traslado a la UCI para observación. Comentarios: Fluctuación energética en quirófano durante la intervención con caída de equipamiento de control —Carol escribe en los formularios—.

—El frío, luego el calor, eso ha sido, la caída energética mientras me operaban... algo me ha sucedido. Mi mente, mi energía vital se ha escapado de mi cuerpo, que esta inmóvil, en coma, y yo estoy dentro de la enfermera, de la persona que me puso la adrenalina cuando me desperté, el calor que sentí era su cuerpo, su mano cuando me sujetaba... no es un sueño, ¡es una pesadilla!. Estoy en un cuerpo extraño, encarcelado, y ella no lo sabe... ¡nadie lo sabe!, y no me escuchan, no puedo hablar, ¡no es mi boca!... no puedo escribir, ¡no son mis manos!, y yo siento todo, sus movimientos, sus pensamientos, pero ella no me oye a mí... es terrible, ¿qué puedo hacer? — exclama espantado Víctor, que ha captado el informe escrito de Carol, y sintiendo una angustia como jamás había sentido, ¡por fin lo entiende todo! Su ente consciente se ha transferido desde su cuerpo inerte hasta un nuevo cuerpo, por puro contacto físico, absorbido, como si de un agujero negro del espacio se tratase, y todos los órganos del nuevo ser son también suyos, los comparte pero no los controla, solamente los siente, y también todo lo que cruza por la mente de su anfitrión, aunque él no puede enviar sus propios mensajes al cerebro de éste —.

Carol ha terminado por hoy, se ha cambiado en el vestuario y se dirige al aparcamiento para coger el coche y volver a casa. Vive en un apartamento, a escasas manzanas, en Archimedes Iaan. Es de noche. Introduce las llaves, pone el motor en marcha, enciende las luces, maniobra para sacarlo

del aparcamiento, y se incorpora a la avenida Midden weg, en dirección norte.

Enfermera vocacional, era su ilusión desde su más temprana infancia, entiende que ayudar a las personas enfermas es el mejor trabajo del mundo, no el mejor pagado, ni mucho menos, pero sí el que más compensa a nivel espiritual. Conseguir su primer trabajo en el hospital fue el mejor premio para sus duros años de estudios en el seno de una familia humilde, que a pesar de sus escasos recursos, siempre le ha proporcionado el máximo apoyo. Los niños la apasionan, y siente un profundo dolor en su corazón cuando estos pequeños ángeles sufren las calamidades de las, algunas, terribles patologías. Ella, con 27 años, desea formar un hogar y tener sus propios hijos, al menos dos, y lucha denodadamente, profesional y humanamente para conseguirlo. No la asusta trabajar muchas horas, atender hasta lo indecible a sus pacientes, y siempre está dispuesta a echar una mano a sus compañeros.

—Ha sido un día muy largo, y por último, el accidente de tráfico con ese pobre hombre... ¿por qué habrá entrado en coma? La operación ha sido perfecta, Kaufman es un buen cirujano —piensa Carol—.

Víctor capta estas palabras mientras sigue el recorrido del vehículo de Carol por las calles de la ciudad, él siente el dolor de ella en las piernas, su cansancio general y un cierto malestar, con un dolor de cabeza no muy intenso pero

extendido por toda la zona frontal.

El vehículo se detiene en un hueco de la calzada, junto al número 437 de Archimedes laan, Carol, por fin, ha llegado a casa. Le pone el candado de seguridad, se baja y recorre los escasos seis metros que la separan del portal. Empuja la pesada puerta metálica, y comienza a subir las escaleras. Vive en el primer piso, es una finca con unos 60 años de antigüedad, las paredes de la escalera presentan un fuerte deterioro, y algo de humedad.

Ya está en el primer piso, busca las llaves en el bolso, las extrae y las introduce en la puerta de su apartamento.

—¡Hola! Ya estoy aquí, ¿dónde estás, cariño? —pregunta Carol en voz alta—.

—Vaya, ya era hora, ¿vienes de la clínica?, ¿hoy no te tocaba, verdad? — responde Eric con mal talante, desde el sofá del salón dónde está tirado, viendo la TV, con ocho latas de cerveza vacías por el suelo—.

—Cariño, hubo una urgencia, un accidente de tráfico, y tuve que quedarme, era la única del equipo del Dr. Kaufman que estaba disponible. Lo siento mucho —explica Carol—.

—Lo siento, lo siento, siempre igual, estoy hasta las pelotas de esperarte los días que tenemos planes, es como si yo fuese tonto... Tú y tus urgencias, ¿cuánto te han pagado por esta urgencia? Nada, verdad, ¡nunca te pagan nada!, pero tú sigues haciendo de buena, en vez de venirte para estar con tu novio, ¿no es eso? —protesta Eric con tono más que destemplado, y

una mirada amenazante hacia ella—.

—¡Basta Eric!, tú sabes como es mi trabajo, y es necesario ayudar cuando se necesita, me da igual el dinero,... hoy estoy muy cansada, no quiero discutir, me duele todo el cuerpo y no voy ni a cenar, me ducho y a la cama ¡ven cuando quieras! — responde Carol, molesta y alterada por las palabras de Eric, que encuentra que están totalmente fuera de lugar—.

Carol se dirige al baño...

—Le quiero, pero me siento tan incomprendida... ¡tantas veces!; él sólo piensa en salir, en ver la TV y en tomar una cerveza tras otra; antes era diferente, pero desde que perdió el trabajo es como si no le importase nada, ni nadie. No sé cuánto tiempo voy a poder soportar esta situación —piensa Carol, con una cierta amargura—.

Víctor capta estas tribulaciones de Carol, y su ritmo cardiaco que ha subido significativamente. Él recuerda que, cuando estaba casado con Elena, él terminaba en el banco y se iba para casa. Ella trabaja en una agencia inmobiliaria y, muchos días llegaba ya habiendo anochecido a casa, harta de enseñar casas y pisos a posibles clientes, y con fuertes dolores en las piernas, dolores que ahora él está sintiendo mientras Carol camina hacia el cuarto de baño, de estar todo el día de pie en el hospital y, para más «inri», en el quirófano con su operación.

—Por Dios, ¡qué insensible que fui tantas veces con Elena!... realmente no me daba cuenta, no me imaginaba

como ella se sentía, y encima tenía que hacer de ama de casa mientras yo miraba la TV viendo las noticias y la película de turno que, además, ella se perdía por tener que hacer la cena para los dos —piensa Víctor con amargura—.

Carol entra en el servicio, se ha ido quitando la ropa por el pasillo y su imagen, completamente desnuda se refleja en el espejo, sube los brazos y se lleva las manos a su largo pelo, negro como el azabache, para recogérselo antes de entrar en la ducha... sus pechos se ponen firmes y sus pezones tersos.

—¡Madre mía!, qué preciosa es y qué cuerpo tan bonito tiene... —exclama Víctor, que se ha quedado sin palabras al ver a Carol por primera vez en el espejo—.

Víctor la recuerda en el quirófano, vestida de verde, con mascarilla, con una vaga imagen, donde sólo sus profundos ojos azules se le habían quedado grabados.

Por un instante, una fantasía recorre la mente de Víctor... él muchas veces había pensado que si fuese mujer, una mujer explosiva, iba a ser el dueño del mundo... iba a tener a los hombres a sus pies, y podría hacer lo que quisiese. Y ahora, allí está, con un cuerpo escultural... pero Carol se gira para entrar en la ducha... Víctor, instintivamente, da la orden mental de volver hacia el espejo, pero sus piernas ya están dentro de la ducha, y sus manos abren el grifo del agua.

—¡No es mi cuerpo! —grita desesperadamente Víctor, con un silencio revelador por toda respuesta—.

Pero en ese momento el agua tibia cae sobre la cabeza y

los hombros de Carol, y Víctor siente una sensación placentera. Vuelca gel sobre sus manos y se frota el cuello, los hombros, el pecho, el vientre, las piernas, la vagina, ...(en realidad la vulva, parte exterior de la vagina).

Víctor está desconcertado... tiene sensaciones agradables, de la suavidad de las manos y el gel, pero no ha sentido placer —en el más estricto sentido de la palabra— cuando las manos han tocado las tetas y los labios internos y externos de la vagina. Él, que siempre se ha considerado todo un macho, ahora no siente excitación con el cuerpo de Carol y se pregunta: ¿ha perdido su hombría al haberse trasladado a este cuerpo de mujer?.

Durante escasos tres minutos el agua ha reconfortado el cuerpo cansado; cierra el grifo, extiende el brazo derecho hasta coger el albornoz, y se lo pone para secarse. Carol se siente mucho mejor, sus músculos se han distendido y el agua ha refrescado su cabeza, aliviándole la jaqueca que arrastraba todo el día.

—Eric no me comprende, ¿tan difícil es decirme unas palabras de cariño?. Él ahora está en su mundo...—piensa Carol mientras vuelve al espejo y unas lágrimas nacen en sus ojos—.

Se cepilla los dientes, y se extiende crema hidratante por toda la cara; de camino a la habitación recoge la ropa tirada y la introduce en el cesto de la ropa sucia, estratégicamente situado junto a la lavadora.

Se sienta en la cama, pone el despertador a las 6h30', se quita el albornoz y se deja caer encima de la sábana; hace un calor insoportable, y se queda tumbada, desnuda. No han pasado ni quince segundos cuando se queda completamente dormida.

Víctor ha sentido como Carol se dormía, ha cerrado los ojos y una inmensa negrura le envuelve; quietud total, sólo alterada por el ruido producido por el inspirar y el expirar de ella, y un lejano tictac del corazón.

—¿Qué soy ahora? ¿En qué me he convertido? Vivo dentro otro ser, estoy completamente solo, aislado, nadie sabe que estoy aquí, nadie puede ayudarme. ¿Qué destino me espera? ¡El ser un mero observador de la vida de esta mujer!. Pero siento todo lo que ella siente. A pesar del poco tiempo que la conozco, me he dado cuenta de que tiene muchos valores y una gran vocación profesional, pero no es feliz en su vida personal. Si sólo pudiera encontrar el modo de comunicarme con ella, o con los demás... pero, por mucho que pienso, no veo la forma, sin poder hacer que ninguno de los órganos de su cuerpo respondan a mi mente —reflexiona Víctor durante este periodo de calma—.

Han pasado un par de horas y, de súbito, se oye una voz...

—Amor mío, ¿estás dormida? —exclama Eric, en un tono alto e inquisitivo—

Carol, se despierta sobresaltada. Esta boca abajo y las manos de Eric la sujetan la espalda, girándola y forzando a

que se ponga boca arriba.

—¿Qué quieres?. Estoy cansada, es muy tarde y mañana tengo que madrugar...—responde Carol, con voz tenue, dejándose llevar y sin abrir siquiera los ojos—.

—Vamos, que tengo ganas... dame lo que quiero...—replica Eric abalanzándose sobre ella, cogiéndola el pecho derecho y apretando hasta hacerla daño—.

Víctor está sobrecogido... a la inesperada irrupción de Eric, al hedor de cerveza que ha inundado la habitación, ha seguido el violento despertar de Carol... sus ojos se han abierto, y ve como el cuerpo y la cara de Eric se acercan rápidamente.

Víctor siente náuseas, el cuerpo desnudo de otro hombre, con intención de tener sexo, se le viene encima, y no puede hacer nada por evitarlo.

—¡Ay!... espera, por favor, me haces daño —grita Carol, quitándole la mano de su pecho derecho, apartándole a un lado e incorporándose en la cama—.

Sin dudarlo, extiende la mano hacia la mesilla, coge un tubo de lubricante vaginal y extrayendo parte, se lo extiende por los labios y el interior de su vagina. Sabe lo que va a ocurrir: Eric está medio borracho, ha terminado de ver la TV y quiere descargarse con ella. Ama a Eric y lo acepta, como otras muchas veces en circunstancias parecidas, en la seguridad de que va a ser breve, pero tiene que prepararse para que él no la hiera.

—Eric..., cariño mío, me apetece tipo perrito... mira, así... —

dice Carol con tono sensual, poniéndose de rodillas en la cama, con las manos en la almohada y presentándole su trasero a Eric—.

—Sí... me gusta, voy... —exclama Eric con una voz de poseso, agarrándose el pene con la mano y dirigiéndolo hacia el ano de Carol, por debajo, pasándolo entre sus piernas, hasta alcanzar los labios de su vagina. Seguidamente, da un fuerte empujón, e introduce su miembro completamente—.

—¡Ah! —exclama Carol con un corto susurro, entre placer y dolor, y comienza a mover la pelvis acompasadamente para que el pene de Eric resbale, entre y salga. Escasos nueve movimientos, y siente el líquido caliente inundar el interior de su vagina. Todo ha terminado, y podrá volver a dormir—.

Ahora hay quietud otra vez, Carol se ha quedado profundamente dormida.

Víctor intenta poner en orden todo lo ocurrido en este horrible día. Si hubiese ido más pendiente del tráfico, en la carretera, nada de todo esto habría ocurrido — piensa—. Es culpa suya, él no tiene la menor duda.

Tanto darle vueltas a las cosas en el coche, a su vida anterior, cuando ya está todo pasado. Su ex mujer no va a volver con él, y si no cambia su forma de ser va a perder a su novia, porque ahora se da cuenta de su gran falta de comprensión hacia su pareja en tantas y tantas ocasiones. Ahora ha vivido, ha sentido esta incompreensión, y el dolor que produce en su propia carne..

Se siente profundamente confundido... se ha dado cuenta de la aptitud inteligente de Carol para protegerse de la irracionalidad de Eric, sin discutir, sin enfrentarse, sin alterar el contexto de sus relaciones personales y liquidar rápidamente su apetito sexual. Ha sentido el dolor en su pecho cuando Eric lo apretaba desmesuradamente, sin la menor sensibilidad, sin el menor tacto, y la penetración forzada, y violenta, que ha tenido que soportar para, después, sentir el placer del miembro entrando y saliendo, y del semen en sus entrañas.

También se ha sentido humillado —en la persona de Carol— por la bajeza del trato de Eric, que ha despreciado su trabajo y la ha utilizado como un mero objeto para su satisfacción sexual, sin importarle su cansancio físico y moral. Ella no tenía las más mínimas ganas de hacer el amor, y ha sido un pequeño pero necesario sufrimiento en pos de no poner en peligro el amor que ella siente por él. A Víctor — que ha captado este amor— le cuesta aceptar la tolerancia de ella.

Ha hecho el amor con un hombre... ¡qué asco!. Pero, lo más espantoso es que ha tenido sensaciones placenteras del acto sexual. ¿Es sólo porque ahora tiene tetas y vagina o, a partir de este momento, también le van a gustar los hombres?.

Pero, perdido en estas divagaciones, de repente le asalta el verdadero problema... cómo comunicarse con el mundo exterior. Y, si lo consigue, qué pueden hacer los médicos por él. Cómo le van a devolver a su cuerpo y, si no lo consiguen, cómo se va a sentir Carol sabiendo que lleva a un ser extraño,

un alienígena, dentro de ella, que sabe lo que piensa, y que siente y padece lo mismo que ella.

Víctor se sume en una profunda depresión y quiere morir, piensa que lo mejor que le podía haber pasado es que hubiese muerto en el accidente, o en la mesa de operaciones... pero, en ese instante, otra idea le viene a la cabeza... ¿y si lo que ocurre es que él está muerto, que su estado de coma ha sido la transición a la muerte?... ¿y si cuando una persona muere está destinada a redimir sus pecados compartiendo el sufrimiento de uno de sus semejantes, morando en su interior, y lo que él realmente es ahora es «el fantasma del fallecido Víctor Lexter»?.

Capítulo III

La Clínica

La Clínica Loenen Care de Oncología es una residencia privada especializada en enfermos de cáncer, en estado avanzado de la enfermedad, o de carácter terminal, y sus clientes pertenecen al segmento de la clase alta dado lo costoso de la estancia, asequible sólo para pocos bolsillos.

Es un edificio singular, en forma de cruceta, construido en los años 70 pero en excelente estado de conservación, de ladrillo vistoso color ocre, grandes ventanas de cristal, con extensos jardines y zona de aparcamiento para visitantes y empleados. Sus instalaciones se asemejan más bien a un hotel de cuatro estrellas, en lugar de a un centro asistencial.

Carol, con contrato a tiempo parcial en la clínica, realiza el turno de tarde los miércoles y sábados, desde las 15h30' hasta las 21h30' y obtiene 460 euros mensuales, ya libres de impuestos, que la vienen muy bien como dinero extra para todos sus gastos.

—Ring, ring, ring... —suenan el despertador a las 6h30', Carol le da un manotazo y lo apaga—.

Con mucho cuidado, sale de la cama, Eric está dormido y no quiere despertarlo.

—Ahora una ducha rápida, un café y corriendo para el hospital —piensa Carol, mientras se dirige al cuarto de baño, semidormida, con pasos titubeantes—.

—¡Qué horror! —exclama Carol al mirarse la cara en el espejo, todavía con las órbitas de los ojos algo hinchadas de dormir—.

Sin más dilación, se mete en la ducha y abre el grifo del agua fría... sigue haciendo mucho calor, y mientras la cae el agua y se va despejando, da vueltas a lo que le espera en el trabajo.

—Hoy le toca hacer extracciones, así que tiene que correr porque siempre hay enfermos que se ponen nerviosos, o que se marean y luego se le hace tarde —piensa, mientras se seca, y se pone de nuevo frente al espejo para darse crema en la cara y pintarse los ojos—.

Víctor está absorto, él también ha reaccionado con la ducha fría, después de una terrible noche pensando una y otra vez en lo que poder hacer para salir de su situación, ahora observa atentamente cómo Carol se maquilla... a él su cara le parece preciosa, ¡aún con ojeras!. Siente la suavidad de sus dedos extendiendo la crema por las mejillas, y la precisión con que se pinta por encima de las pestañas, con un fino ribete azul, a juego con el color de sus ojos. Le resulta tan novedoso como excitante, y confunde las sensaciones físicas del cuerpo de Carol, con sus propias sensaciones como hombre que está dentro del baño con una mujer, mostrándole sus más íntimas y

personales actuaciones. Recuerda sus años de universidad cuando, a escondidas, desde las ventanas, espiaba junto con sus compañeros en los vestuarios del equipo de baloncesto de las chicas para verlas desnudas.

Carol mira el reloj que tiene estratégicamente situado en el baño, y ve que son las 06h45', ¡nada de café!, tiene que acelerar porque se le hace tarde... se viste rápidamente, braguitas, sujetador, un polo y unos vaqueros, abre la puerta del apartamento y baja a toda prisa las escaleras, coge el coche y se dirige al hospital. Llega a la zona de aparcamiento para empleados, aparca el coche, se acerca a la sala de vestuarios, abre su taquilla y se pone el uniforme.

Seguidamente, va al Punto de Control de su planta, la primera, recoge la lista de pacientes a los que tiene que extraer sangre y, a continuación, se dirige al laboratorio en la planta sótano, para coger todo el instrumental necesario.

—Necesito un café, urgente —piensa Carol, mientras se para en la máquina de bebidas, inserta 50 céntimos y extrae un café con leche, largo de café. En dos sorbos se lo toma—.

Ya en el laboratorio, se pone los guantes y prepara todos los tubos, con sus correspondientes etiquetas adhesivas para cada enfermo, y los sitúa en el carrito. Recoge suficientes agujas y jeringuillas, alcohol, amoníaco, algodón, esparadrapo y el tensor.

Coge el ascensor, sube a su planta y empieza a recorrer el pasillo donde están situadas las habitaciones. Hay dos

enfermos por cada habitación pero, en algunos casos, solamente tiene que efectuar la extracción de sangre a uno de ellos.

Víctor está totalmente atento a todas las acciones de sus manos, si bien a él le han extraído sangre en muchas ocasiones, ahora es él el protagonista o, al menos, se siente como tal.

—Quédese tumbado, así, con el brazo izquierdo estirado y el puño cerrado —indica Carol al paciente, mientras abre los envoltorios estériles que contienen la aguja y jeringuilla, las saca y las acopla. Seguidamente coge el tensor y lo sitúa en la parte superior del brazo, apretado—.

—Enfermera, me estoy mareando... —dice el paciente, mientras se pone blanco—.

—Huela esto, y mire hacia otro lado, no hacia el brazo —contesta Carol, que ha cogido el frasco del amoníaco del carrito y lo ha puesto pegado a las fosas nasales del paciente, incorporándole ligeramente en la cama—.

Seguidamente, tras un minuto para que el paciente se recupere y se calme, Carol continúa, busca la vena en la junta del brazo con antebrazo, la frota con el algodón impregnado en alcohol y le introduce la aguja en la vena. Despacio, le extrae los 15ml de sangre que necesita.

—Puede abrir ya el puño, estoy ya terminando —indica Carol al paciente, mientras le quita el tensor del brazo y, seguidamente, le saca la aguja de la vena—.

—Ahora doble el brazo hacia adentro, y manténgalo así cinco minutos — nuevamente le indica al paciente, al que ha puesto un algodón impregnado en alcohol y un esparadrapo sujetándolo en el lugar del pinchazo.

Seguidamente, quita la aguja de la jeringuilla e inyecta la sangre en el tubo con la pegatina del nombre del paciente y le pone el tapón; luego deposita tanto la aguja como la jeringuilla en el depósito de residuos del carrito, y sale de la habitación para buscar al siguiente paciente.

Son ya las 13h y todavía le quedan seis habitaciones, pero tiene hambre. Se acerca al comedor y toma un almuerzo rápido con otras dos compañeras. Hablan de las negociaciones del convenio, y de la subida que pretende la patronal, solamente del 2%; se respira un ambiente de huelga para reivindicar una mayor subida acorde con el incremento de vida durante el pasado año 2002.

Vuelve a iniciar la ronda de extracciones hasta que por fin la termina; se dirige al laboratorio para entregar las muestras y después a rellenar el parte en el Punto-de-Control de su planta.

Como son ya casi las 15h, tiene que salir corriendo para ir a la Clínica Oncológica, su segundo trabajo de hoy sábado; se pone la ropa de calle en el vestuario y se va a buscar el coche al aparcamiento.

A estas horas no hay demasiado tráfico y llega en escasos quince minutos. Otra vez tiene que cambiarse para ponerse el

uniforme y, seguidamente, recoger la lista de medicamentos prescritos por el doctor de planta que necesita administrar a sus enfermos y acercase a la farmacia de la clínica para registrarse y hacerse cargo de ellos.

Víctor ha venido reflexionando durante el trayecto del hospital a la clínica. Ha sido el mudo testigo de toda la atención y delicadeza con la que Carol ha realizado su trabajo con los pacientes en el hospital, procurando al máximo que las extracciones fuesen lo menos dolorosas posibles, y calmando a los enfermos que se han puesto nerviosos, histéricos, solamente con el hecho de ver la jeringuilla. Ninguno de ellos ha tenido malas palabras para ella, y él ha captado la satisfacción con la que Carol ha salido del hospital. Hoy se encuentra mucho más fuerte y animada, y ni por un momento ha pensado en la noche anterior, ni en Eric.

Carol con la lista en la mano y las medicinas en la bandeja, comienza el nuevo recorrido... tiene asignado el tercer piso de la clínica, con ocho habitaciones individuales y el primer paciente es una mujer de cincuenta años, en la 301, con cáncer de mama, un pecho extirpado y una fuerte depresión.

—Lucía, ¿que tal está hoy?, ¿ha venido a visitarla su hijo?
—Carol pregunta—.

—No hija, me ha llamado que tenía una reunión urgente y que vendría otro día, pero hoy es sábado y yo creo que no trabaja. Hace dos semanas que no viene... su madre ya no es importante para él —contesta Lucía—.

—Lucía, no piense así, muchas veces es necesario trabajar los sábados, no me ve a mí... venga, tómese su medicina y ponga la TV que hay una película de los años 70, de las que a usted le gustan —replica Carol, que la ha dado la pastilla y el vaso de agua, saliendo de la habitación—.

—Pobre mujer, el hijo seguro que se ha ido a otro lugar más interesante, con amigos o con su novia, y no encuentra tiempo para visitar a su madre, ni siquiera un rato a la semana. — medita Carol—.

Víctor, que ha captado estos pensamientos de Carol, está de acuerdo con ella, ¿dónde está el cariño cuando se necesita?... —se pregunta a sí mismo— y, con un juicio de valor mucho más radical, no puede por menos que maldecir el egoísmo del hijo de Lucía y desearle que él se vea igual de solo en el futuro. Aún no ha terminado de inferir estas ideas cuando le viene a la mente su propio egoísmo al ponerse excusas tantas y tantas veces para evitar ir a ver a sus padres a Eindhoven, una fría llamada de teléfono y hasta la próxima.

—Hola, Vanessa, ¿cómo se encuentra mi niña bonita?... ¿y esa muñeca tan preciosa?, ¿quién te la ha traído? —comenta Carol, que está ya en la habitación 303 donde Vanessa, de nueve años de edad, recibe quimioterapia para su leucemia—.

—Ha sido mi tío, que ha venido esta mañana, ¿sabes?, me gusta, pero hubiese preferido la Minerva—Exploradora que sale en la TV, mis amigas la tienen y a mí me gusta mucho — comenta Vanessa—.

—Bueno cariño, esta es muy bonita también, ¿cómo se llama? —pregunta Carol—.

—Sara, la he puesto Sara, ¿te gusta el nombre? —le responde con voz resuelta Vanessa—.

—Claro, me gusta mucho, lo has elegido muy bien... y ahora te tienes que tomar tu medicina —replica Carol, mirando fijamente la cabeza de Vanessa, totalmente calva por la quimioterapia—.

—Si yo tuviese una hija así, Dios mío, qué desgracia, pobre niña, no va a poder vivir una adolescencia y una juventud como todos nosotros, ¿por qué a ella, por qué este castigo? ¿qué ha hecho mal en este mundo con su edad? —piensa Carol, mientras la inunda una profunda tristeza—.

Víctor capta estas tribulaciones de Carol, mientras nota como unas lágrimas brotan de los ojos de ella, y él siente también un dolor inexplicable.

Llega a la habitación 305, dónde se encuentra Jacob Carter, de setenta y dos años de edad, afectado de cáncer de laringe, en estado terminal. Tiene metástasis por todo el cuerpo, quistes en costados, brazos, cabeza... las piernas le sostienen a duras penas.

De frente ancha, entradas pronunciadas pero con abundante pelo blanco, y unos ojos negros que expiden un intenso brillo. Él fue el fundador de la empresa que ahora regenta su hijo, allá por los años 60, cuando los ordenadores todavía estaban en mantillas.

Gran parte de su vida la ha dedicado a esta misma empresa, trabajando horas y más horas, sin descanso, sin vacaciones durante años, hipotecando su vida personal y familiar, hasta que comenzó su enfermedad, y las fuerzas comenzaron a flaquearle. Fue nominado empresario del año 1990 por la prestigiosa revista «Top Economical Issues» dada la impresionante trayectoria de su organización, y los resultados económicos del periodo 89-90.

Su niñez fue terrible, en la II Guerra Mundial perdió a sus padres, y tuvo que vivir del estado, sin el cariño de un padre y una madre en los que apoyarse. Pero aprendió a luchar, a luchar verdaderamente duro en la vida. Su energía, constancia y espíritu innovador, le ha acompañado desde entonces y durante toda su existencia. Sin duda, su éxito ha sido gracias a ello.

Su mujer falleció hace ocho años, a causa de un derrame cerebral, y desde entonces él se ha sentido muy solo; ahora su mundo está formado por las cuatro paredes de la habitación del hospital, la TV, la prensa diaria, el pasear a duras penas por el jardín los días que el tiempo lo permite, y esperar las escasas visitas que recibe de su hijo David y de la novia de éste, Claudia. Tiene mucho tiempo para meditar y reflexionar sobre su vida de antes, y se ha dado cuenta de muchos errores que podría haber evitado y, con ello, sufrimientos a terceros. No piensa en el futuro porque sabe a ciencia cierta que no lo tiene, y su única esperanza es poder terminar en

paz, y lo antes posible.

Jacob no puede dormir de los tremendos dolores que padece y Carol le administra, de acuerdo a la prescripción facultativa, un sucedáneo de la morfina, única droga que consigue aliviar su lenta pero imparable agonía.

Hoy Jacob se encuentra especialmente decaído, ha tenido más dolores de lo habitual y Carol conversa con él —a ella le gusta su dialéctica despejada e inteligente—.

—Sabe Jacob, el pasado martes me acordé de usted porque apareció una noticia de su empresa en TV... han sacado al mercado un nuevo chip, mucho más reducido, que va a ser usado en barcos y aviones según dijeron. Supongo que su hijo David le tendrá informado ¿verdad? —le demanda Carol—.

—Mi hijo tiene demasiadas cosas en la cabeza como para hablar con su padre. Vino a verme por última vez a finales del mes pasado, y no, no me comentó nada del nuevo chip. Hace más de dos años que dejé la empresa, todo ha cambiado, y yo ya me olvido de muchas cosas. Él la dirige a su manera, creo que va bien por lo que leo en prensa, más que por lo que él me dice —responde Jacob con tono triste—.

—Pero algo sí le cuenta ¿no es cierto? —replica, inquisitiva Carol—.

—Bueno, sí, me ha ido informando de los cambios de directivos, de algunas modificaciones que ha hecho en la antigua estructura organizativa que yo tenía, y me tiene al

corriente de las cuentas —dice Jacob, algo más animado—.

—Y su futura nuera, Claudia, ella si le visita con más frecuencia, que me lo ha contado uno de los pajaritos del jardín, ¿verdad qué sí? —pregunta Carol con voz tierna—.

—Sí, es verdad, ella me visita dos o tres veces por semana... seguramente vendrá el Lunes, aprovechando que David está todo el día trabajando. Pero Carol, ¡no se lleve usted a engaño!, tengo muchos años y conozco mucho de la vida y de la forma de ser de las personas. Ella es muy amable y atenta conmigo, ciertamente, pero no siente cariño hacia mí... me visita por interés, nada más que por interés —dice Jacob con tono apesadumbrado—.

—No diga usted eso, seguro que ella le quiere. Va a casarse con su hijo, a él le quiere y estoy segura que también a usted —replica Carol con tono esperanzador—.

—No hija, no te equivoques... tú me promulgas más cariño en tus atenciones como enfermera, que ella en sus visitas como futura hija política, yo sé lo que veo en los ojos de ella y en los tuyos y hay una gran diferencia. En tu caso, veo claramente que te sale del corazón, no importa que sea tu trabajo, es algo que puedo respirar cuando estás en esta habitación. Claudia es diferente, sus ojos reflejan inteligencia, sí, pero inteligencia maligna... perfidia. Yo soy, simplemente, una de las piezas de su juego, de su calculada estrategia para convertirse en la esposa de uno de los hombres más ricos, hoy por hoy, de Holanda, mi hijo David. A mí ya me sobra todo el

dinero, y él es mi único heredero. Ella lo sabe y su fin es conseguirlo —explica Jacob con voz firme—.

—Mira Carol, mi hijo es muy inteligente para los negocios, pero nunca ha sido un lince con las mujeres. Es débil de corazón y se enamora perdidamente de una mujer que le trata como a un rey, y que le satisface en el más amplio sentido de la palabra, y tú ya me entiendes. Él se centra en la empresa, y no busca otra mujer, le gusta Claudia, su imagen provocativa, sus ademanes, su forma de mirar, en fin... lo tiene atontado. Ella sabe que a él lo tiene ganado, pero yo soy hueso más duro de roer, y tiene que trabajarme más, ¿cómo?... viniendo a visitarme, varias veces a la semana, sustituyendo las visitas que no me hace mi hijo, preguntándome que tal me encuentro, a sabiendas de que cada día estoy peor, y contándome la parte de sus planes con David que ella considera que debe contarme para que yo piense que va a ser la mejor esposa para él, y yo sé que eso no va a ocurrir nunca —continúa Jacob haciendo una pequeña pausa para tomar aire y poder seguir hablando—.

Carol ha escuchado atentamente las reveladoras palabras de Jacob, ella no conoce ni a David ni a Claudia, pero le conoce a él y le considera una de las persona más inteligentes con las que nunca haya hablado. Se siente muy a gusto a su lado, con su conversación. Sus palabras le resultan muy duras, pero no dejan de tener un claro sentido. Jacob está absolutamente convencido de que Claudia no ama a su hijo,

que sólo quiere su dinero y que le va a hacer un desgraciado en la vida.

Sin darse cuenta, Carol ha estado más de una hora hablando con Jacob. En ese mismo momento aparece una enfermera auxiliar con una bandeja y la cena. Carol le dice a Jacob que volverá cuando termine la ronda para suministrarle un somnífero, para que pueda dormir mejor, y a continuación sale de la habitación para seguir su periplo por la planta.

Son ya las ocho de la noche, es la hora en que, según la normativa de la clínica, todos los residentes deben ir a la cama, Carol vuelve a la habitación de Jacob, que está sentado en el sillón frente a la ventana viendo cómo se van los visitantes de otros enfermos, con una gran tristeza en su semblante.

—Ahora hay que acostarse... vamos, le ayudo a ir a la cama—indica Carol mientras coge fuertemente a Jacob por el brazo derecho, incorporándole y acompañándole hasta la cama—.

Jacob se ha tomado el somnífero que le ha dado Carol, está tumbado, con la cabeza en la almohada doble, para que esté algo más erguida y le produzca menos dolor.

Él la mira fijamente, como si, con sus ojos, le pidiese ayuda, esa ayuda que no le pueden dar los médicos que ya le han dicho, tras meses de esconderlo, que tiene cáncer y que no le queda mucho tiempo de vida.

—Toda una vida de lucha por conseguir una gran empresa, y dinero. Cuando mi hijo era pequeño yo estaba siempre de

viaje, o trabajando hasta la madrugada. Él siempre estaba dormido y mi mujer cansada de esperarme, todos los días igual, y yo nunca llegaba. He tenido abandonada a mi familia y ahora, lo veo claramente, justo castigo... estoy solo y sin esperanza de poder disfrutar de unos pocos años de vejez tranquila, esperando un final terrible, y todo el dinero acumulado durante años ahora no me vale para nada —piensa amargamente Jacob mientras su mirada sigue fija en ella, como si quisiese que ella le escuchase, pero sin atreverse a pronunciar estas palabras—.

Lentamente, sus ojos comienzan a cerrarse, la droga le esta haciendo efecto, y su mirada triste se apaga hasta quedarse dormido.

A lo largo de estos meses Carol ha llegado a encariñarse con Jacob, siente una profunda compasión por él, le coge la mano derecha y, con la otra mano, le acaricia su pelo blanco, brillante como la nieve.

Víctor, que ha captado y sentido la tristeza de Carol por su impotencia ante el inminente destino de Jacob, se siente deprimido. La mirada inquisitiva, desesperada de Jacob le ha recorrido todo su ser, él tampoco puede ayudar. ¿Cómo va a ayudar en su situación si es él mismo quien necesita ayuda?... súbitamente todo se ennegrece y se siente caer... otra vez el abismo sin fondo, y su mente se nubla, se desvanece.

Pasa un tiempo, y Víctor recupera la consciencia, pero todo sigue oscuro, siente fuertes dolores en la cabeza, la garganta,

el vientre, los brazos, las piernas... por todo el cuerpo.

El miedo le invade, ¿qué pasa?, ¿le ha sucedido algo a Carol y está inconsciente?, ¿por qué tiene tantos dolores?, ¿ha tenido un accidente?... él no recuerda nada, solamente que estaba acariciando a Jacob y... eso es, ahora lo entiende, el pelo... no, la mano, cuando Carol ha apretado la mano de Jacob... él ya no está en Carol, está dentro de Jacob.

—¡Dios mío! —exclama Víctor, lleno de terror—.

—Venga, Sr. Carter, a levantarse, que aquí traigo el desayuno —de repente se oye en la habitación una voz de mujer, la enfermera auxiliar que trae el desayuno—.

Jacob se despierta y abre los ojos, son las ocho de la mañana, y un nuevo día comienza. Un sol espléndido entra por la ventana de la habitación, y se oye el piar de los pájaros que viven en el jardín de la clínica. Tiene hambre, se incorpora en la cama y, acercándose la bandeja, comienza a tomar el desayuno compuesto por unas galletas, un café con leche y un zumo.

Víctor ve la habitación y ahora ya está seguro, está en la Clínica Oncológica, dentro de Jacob, ha abandonado el cuerpo de Carol y tiene un nuevo anfitrión, el viejo con cáncer que atendió Carol y, por algún motivo, él se ha desplazado a su interior, siente el movimiento de su boca y los alimentos por su garganta, ¡está comiendo!.

Mientras se va calmando y adaptándose a su nueva situación, Víctor analiza las circunstancias de su cambio de

cuerpo.

—¿Por qué a Jacob?, ¿por qué ha ocurrido ahora y no antes o después, a otra persona?, ¿por qué no al cerdo de Eric, cuando hizo el amor con Carol?... ella también le tocó a él —se pregunta Víctor —.

Capítulo IV

El Anciano

Jacob ha terminado de desayunar y se prepara para un nuevo día, hoy es domingo, y es un día especialmente triste para él. Siente un enorme vacío cuando ve a otros residentes que reciben la visita de sus esposas, hijos y nietos.

—¡Cómo le hubiese gustado tener nietos, y que su difunta esposa hubiese disfrutado de ellos junto a él, al menos unos años! —exclama para su interior—.

Pero ha sido un pensamiento fugaz, siente unas imperiosas ganas de orinar, por lo que, con esfuerzo, echa las piernas al suelo y, ayudándose de su garrota, su compañera inseparable desde hace casi un año, se incorpora para dirigirse al cuarto de baño.

Se mira en el espejo, y lo que se temía, durante la noche le ha aparecido un nuevo bulto en la parte trasera del cuello, cerca de la nuca. Cuando se acostó, le dolía esa zona, le molestaba en la almohada, y ahora ya se puede ver la prominencia.

Todavía no se acostumbra, a pesar del tiempo pasado, a la deformidad de su cara, como resultado de la última operación, y siente una repulsa, una extrañeza de sí mismo.

Ya ha orinado, —uno de los pocos placeres que le quedan,

piensa no sin un cierto sarcasmo— y comienza la rutina diaria de afeitarse. Se ha extendido bien la crema por la cara y la parte superior del cuello y, maquinilla en ristre, comienza a pasársela.

—Ya está un poco duro —piensa Jacob, mientras se palpa el nuevo bulto, y un sudor le aparece por la parte superior de la frente, mientras recuerda—.

¡Hace ya más de dos años!, fue cuando le diagnosticaron un tumor maligno en la garganta debido, casi con la más absoluta de las seguridades, a su adicción al tabaco —dos cajetillas diarias desde que era joven—.

Ese fue uno de los peores días de su vida, al comunicarle los resultados de la biopsia, y la necesidad de una operación urgente para evitar la extensión a las zonas colindantes.

A la primera extirpación siguió una regeneración del tumor, y una segunda extirpación a los cinco meses, que implicó que parte de la mandíbula tuviera que ser eliminada ¡Le costó mucho asumir su deformidad, y poder mirarse al espejo los primeros días!.

Después vino lo peor, las células cancerígenas se extendieron a los ganglios linfáticos de la zona del cuello, y comenzó la diseminación de la enfermedad, o sea, la metástasis que actualmente padece en estado avanzado.

Multitud de tumores secundarios aparecieron, inicialmente, en la periferia del cuerpo, cabeza y extremidades y, en los últimos meses, en órganos internos, de diferentes formas y

tamaños pero con el marchamo del tumor de garganta original.

Los pulmones, el hígado, las glándulas suprarrenales y los huesos ya están afectados, y los doctores temen que, en las próximas semanas, aparezca un brote en el interior del cerebro.

Dado que la cirugía ya no le es aplicable, está recibiendo un tratamiento mixto de radioterapia y quimioterapia.

Ahora está obligado a acudir a sesiones diarias de radioterapia, descansando solamente los sábados, con el acelerador lineal de electrones que dispone el Centro Radiológico de la clínica. Con cada sesión se siente morir, y en muchas ocasiones quisiera que ocurriera de verdad.

Pero ha sido la quimioterapia la principal causa de su actual deterioro físico: alopecia, náuseas y vómitos, diarrea y una anemia generalizada. Sólo gracias a unas píldoras de derivados de la marihuana, que le recetaron hace escasos tres meses, le ha vuelto el apetito y se le han reducido las náuseas y los vómitos, si bien el resto de los síntomas persisten.

Víctor ha captado, apesadumbrado..., consternado, estos dramáticos pensamientos de Jacob. Él ahora también comparte, siente los fortísimos y permanentes dolores en el pecho, vientre y piernas, sobre todo en las piernas, simplemente por el hecho de dar un paso. Y nota el roce hiriente de la ropa con los bultos que florecen en diversas zonas externas de todo el cuerpo de su anfitrión.

No con nimio esfuerzo Jacob, que ha acabado de asearse,

sale del cuarto de baño y cruza la parca pero amplia habitación. A su izquierda deja la cama articulada, con la mesilla repleta de pastillas, una botella de agua y la bandeja con los restos del desayuno. A la derecha, un par de sillas y el armario donde duermen sus escasas pertenencias (un par de pantalones, tres camisas, ¡un traje!, una chaqueta, dos pares de zapatos, unas zapatillas y una bata).

Al fondo, junto a un gran ventanal de uno por dos metros, su sillón, el que ahora es su único refugio y lugar preferido para sus recuerdos y horas de meditación, con su vista perdida en un horizonte nunca cambiante, salvo las nubes que vagan al capricho del viento, más bien escaso en el presente mes de Julio. Enfrente del sillón un taburete que le sirve de reposa pies y le reconforta cuando los dolores de piernas se agudizan.

Sentado en el sillón, se puede ver el jardín y la verja de hierro negro que circunda todo el edificio de la clínica. También puede verse la puerta principal y, ésta feliz circunstancia, le proporciona distracción con el continuo ir y venir de visitantes y empleados del centro.

—Hoy parece que hace mucho calor, aunque hay algunas nubes. Son las nueve todavía y a las diez vienen a buscarme para la radioterapia. Voy a reposar el desayuno —piensa Jacob mientras, con esfuerzo, se sienta pausadamente en el sillón y dirige su mirada hacia la entrada del recinto—.

Víctor observa la puerta, pero las imágenes están borrosas, no las puede apreciar bien. Instintivamente, hace el esfuerzo

de agudizar la imagen, pero todo sigue igual. Acaba de darse cuenta, Jacob no ve bien a lo lejos, pero parece ser que él está acostumbrado porque no hace nada al respecto.

—¡A ver, parece que entra Carol...! —exclama Jacob con tono de sorpresa y, seguidamente, se saca las gafas del bolsillo de su camisa y se las pone—.

—¡No, no es ella!. Ya me parecía que no era ella porque trabajó ayer, aunque podía haber cambiado turno con alguna compañera. Habrá que aceptarlo, otro domingo solo, como casi todos. —continúa Jacob con su monólogo, con tono entristecido—.

Víctor ha comprendido que le hubiese gustado que fuese Carol quién le acompañase a su sesión de radioterapia, porque él le tiene mucho cariño y la presencia de ella le reconforta, sobre todo en momentos difíciles o de especial sufrimiento.

—¡Sr. Carter, el dominical! —entra una enfermera auxiliar en la habitación y se acerca al sillón para entregárselo a Jacob, quien comienza a ojearlo—.

—Sigue la guerra de Iraq. Desde Marzo que comenzó la contienda ¿cuántas personas han muerto ya? ¿qué oscuros intereses encierra realmente esta contienda?. En veinte días ha caído Bagdad pero, y los damnificados, ¿quién les ayuda después y les devuelve todo lo que han perdido? ¿un gobierno mejor que el que tenían, o simplemente diferente? —comenta Jacob entre dientes con voz tenue—.

—Buenos días, Jacob, su sesión, voy a ayudarle a ponerse

en la silla de ruedas —explica el enfermero encargado de llevarle al Centro de Radiología que acaba de entrar en la habitación, empujando una silla de ruedas hasta situarla a la altura del sillón de Jacob—.

Víctor siente un fuerte dolor en el vientre y las piernas cuando el enfermero levanta con firmeza a Jacob, tirando de sus axilas, para incorporarlo y, seguidamente, dejarlo caer encima de la silla de ruedas. Pero Jacob no profiere ningún lamento, y Víctor comprende que esto es lo habitual, y que, simplemente, hay que soportarlo en silencio.

—Dejamos aquí su bastón, porque no le va a hacer falta ¿verdad? —inquire el enfermero—.

—Sí, muchas gracias, a ver hoy que tal me sienta la sesión —responde Jacob con tono algo alterado por el nerviosismo, no falto de temor, previo a cada sesión—.

La silla de ruedas, empujada por el enfermero y con Jacob sentado en ella, recorre rauda, cual coche deportivo de ocasión, el largo pasillo de la clínica que conduce al ala Norte, donde se encuentra el Centro de Radiología.

Víctor ha captado la placentera sensación del aire en la cara de Jacob en este recorrido y sus pensamientos de muchos años antes, alucinación oportunista en su mente, de cuando comenzó a tener fuertes beneficios en su empresa y se compró su primer vehículo descapotable. Él recorrió, feliz, la ciudad al caer la tarde, como niño con un juguete nuevo, con la suave brisa del anochecer resbalando en su rostro en esos

momentos.

Tristemente, Víctor, se percata de que, ahora, Jacob sólo mitiga su soledad, su sufrimiento y desesperación con los más gratos recuerdos de su vida pasada. Qué no le queda mucho más en este mundo, salvo prepararse psicológica y emocionalmente para su fin, y dejar los asuntos patrimoniales resueltos para su hijo.

Parados en la puerta del Centro de Radiología, con la entrada restringida, el enfermero pulsa el intercomunicador para avisar a los doctores encargados de la llegada de Jacob.

La puerta se abre, y Jacob se incorpora y entra en la dependencia. Se desnuda en el vestidor habilitado a tal efecto, poniéndose un camisón de color azul. Seguidamente, uno de los doctores le acompaña asido por el brazo hasta la unidad emisora de electrones, se tumba en la parte acolchada y se queda inmóvil. Ya conoce el procedimiento, veinte minutos sin hacer el menor movimiento, hasta que el doctor vuelva y le diga que puede levantarse y vestirse.

Víctor nunca había experimentado nada parecido, y está inquieto... sabe que no va a suceder nada puesto que Jacob realiza esta operativa prácticamente todos los días, pero él no puede dejar de estar nervioso por saber lo que va a pasar a continuación. Siente todo su cuerpo en quietud y el lejano palpar del corazón. Pasa mucho tiempo o, al menos, a él se lo parece.

—Siento hormigueo en los brazos, y como un

entumecimiento —exclama sórdidamente Víctor que, además está notando un cierto malestar en todo el cuerpo, la saliva afluyéndole a la boca, sudor por la frente y algunas náuseas.

Víctor se siente mal, incómodo, y hace ademán de incorporarse, pero no puede, sigue inmóvil, y las sensaciones desagradables en aumento. Siguen pasando los minutos, lentamente, y cada vez se siente peor. Parece que se la va la cabeza, y siente las gotas de sudor resbalar hacia las sienes.

—¡Jacob, ya hemos terminado, vamos a levantarlo! —oye la voz del doctor que le había llevado a la máquina, cogiéndole por la parte superior de la espalda para ayudarlo a incorporarse—.

—Estoy algo mareado —exclama Jacob con voz algo temblorosa—.

—Vamos, baje la cabeza y póngala entre las piernas, verá cómo se siente usted mejor — indica el doctor—.

Pasados unos segundos, Jacob se recupera del mareo, ha dejado de sudar, pero sigue con náuseas. Se incorpora y, a duras penas, casi tambaleándose, se dirige al vestidor para quitarse el camisón y ponerse su camisa y el pantalón. Seguidamente, se dirige a la puerta de salida y la abre.

—¡Sr. Carter! ¿se encuentra usted bien? —pregunta el enfermero, al observarle la cara algo pálida y con decaimiento general—.

—Me siento débil, y me he mareado dentro. También tengo mal cuerpo y náuseas. ¡Ayúdeme, por favor! —replica Jacob

con voz tenue—.

El enfermero, rápidamente y sin mediar palabra, le ayuda a sentarse en la silla de ruedas y emprende el recorrido de vuelta, pero en esta ocasión despacio, y con la cabeza de Jacob reposando hacia atrás en el borde superior de la silla.

—Por favor, lléveme hasta la cama, que quiero echarme un rato a ver si se me pasa —dice Jacob al enfermero con voz algo más templada, al llegar a la habitación—.

—¿Está usted mejor? ¿Quiere que avise a la enfermera? ¿Le acerco el bastón para que usted se levante luego? —pregunta, con énfasis, el enfermero antes de irse—.

—Estoy mejor, muchas gracias... no hace falta que avise a nadie, el médico va a venir en media hora para su ronda... sí, por favor, acérqueme el bastón — responde Jacob que empieza a sentirse más normal—.

Víctor lo ha pasado mal, ha sentido un gran malestar interior sin poder hacer nada para evadirse. Ha vivido como Jacob se derrumbaba bajo la radiación y pedía ayuda al enfermero, como su única esperanza en estas circunstancias. Piensa cómo un hombre, con una inteligencia lúcida, que ha sido, y seguramente es todavía, poderoso al nivel profesional, económico y social, se ha convertido en un ser desvalido, un anciano enfermo, débil y dependiente de los que le rodean, tan necesitado como el más pobre de los habitantes de la ciudad, en similares circunstancias.

—Buenos días, Sr. Carter, ¿cómo se encuentra usted en

este espléndido domingo? —exclama con voz potente el doctor de servicio que ha llegado a la habitación de Jacob en su ronda de las 12 horas—.

—No demasiado bien, me siento muy débil, me he mareado, y me han entrado náuseas en la radioterapia. Parece que ahora voy un poco mejor —explica Jacob al doctor, que le pone la mano en la frente para comprobar que su temperatura es la correcta—.

—Veo que está usted normal, ahora van a traer la comida y ya verá como, después de comer, se recupera y puede bajar a dar un paseo por el jardín a tomar el aire pero procure que no le dé el sol —comenta el doctor con tono templado y tranquilizante, haciendo ademán de irse—.

—Doctor, por favor, espere un momento... me han dicho que la radioterapia puede aliviarme algo los fuertes dolores que tengo en las piernas ¿es cierto? —pregunta Jacob, de forma inquisitiva—.

—Mire usted Jacob, en algunos casos, un cierto porcentaje que puede llegar al 50%, de los pacientes con metástasis ósea experimentan mejoría en sus dolores, pero no es una regla estricta puesto que cada persona reacciona de forma diferente al tratamiento y no puedo decirle nada más concreto... lo siento mucho —responde el doctor, con tono algo desesperanzador—.

—Doctor, perdone, una última pregunta... yo ya sé que mi enfermedad está muy avanzada, pero desde hace dos meses

se me está llenando el cuerpo de bultos, cada vez tengo más dolores en la zona del hígado y de vez en cuando me cuesta respirar ¿cuánto tiempo me queda? —pregunta nuevamente Jacob, con voz temblorosa y que refleja un miedo exacerbado al futuro que le espera—.

—¡No me haga usted esta pregunta, Jacob!. Nadie sabemos cuál es nuestro último día y, en su caso, pueden ser meses, años o mañana mismo. Nosotros, los médicos, somos simples mortales que procuramos poner todos nuestros conocimientos y energía para aliviar y sanar a las personas a las que atendemos, pero no podemos intervenir en los designios divinos. Tenga usted fe y procure seguir todas las indicaciones de su especialista. Sobre todo, cálmese e intente disfrutar de este maravilloso día. —le responde el doctor con voz firme y templada, dando por zanjada la conversación y dirigiéndose seguidamente a la puerta de salida—.

Víctor ha notado el miedo que ha recorrido todo el ser de Jacob, su desesperada búsqueda de respuestas al doctor de servicio, aún a sabiendas de que éste no iba a darle ninguna solución, pero no tiene a nadie con quien desahogarse, necesita volcar su desesperanza en alguien que pueda entenderle, necesita sentirse escuchado, es lo único que pide en esta terrible etapa de su vida.

Jacob ya ha comido y, efectivamente, como le decía el doctor, se siente más fuerte y animado, y se incorpora de la cama dirigiéndose de nuevo a su sillón, fiel compañero de

fatigas.

Mira hacia la puerta de la clínica y observa que no hay movimiento de visitantes, son las 15h, y hace mucho calor... todavía es pronto para bajar a dar un paseo, por lo que decide poner la TV, para ver qué programa emiten.

Aunque sus ojos permanecen fijos en las imágenes que aparecen en la pantalla, su mente está lejos, en otro lugar, en otro tiempo.

Recuerda a su difunta esposa, cuando se conocieron, él era joven, muy joven... eran tiempos difíciles, de un laborioso resurgimiento económico y social del país en los años '50, posteriores a la gran guerra.

La nostalgia invade todo su espíritu... a las imágenes difusas de las calles de antaño, de las máquinas construyendo casas y edificios, se superponen las de su mujer, su cara sonriente, la mirada de sus ojos atravesándole el corazón, sus paseos por el parque cogidos de la mano, sus manos... ¡lo que daría hoy por poder volver a sentir el calor y la tersura de sus manos!.

Víctor nota como las cuencas lagrimales de los ojos de Jacob se inundan de líquido. Él siente un profundo dolor en su alma —piensa— y hecha mucho de menos a su mujer. Está a punto de explotar, se siente muy desgraciado, y nadie puede reconfortarle.

Han pasado casi dos horas, Jacob se ha podido evadir de su realidad con una película en la TV, policíaca, con intriga, de

las que a él le gustan, y la tarde ha empezado a caer.

—Sr. Carter, ¡buenas tardes! ¿qué hace usted aquí, con el día que hace? — pregunta Tamara, la madre de Vanessa, su compañera de desdichas de la habitación 303, que acaba de entrar en la habitación de Jacob—.

—¡Hola Tamara, muy buenas tardes, que alegría verla! — responde Jacob con un tono jovial que denota su complacencia por la agradable visita que ha recibido—.

—He dejado a Vanessa con su padre y me he dicho: Vamos a dar un paseo con Jacob y hacerle compañía ¿qué le parece a usted? —le relata Tamara, mirando a la cara de Jacob para ver su reacción y el recién surgido brillo en sus ojos—.

—Estupenda, me parece una idea estupenda, ahora mismo me incorporo y nos vamos al jardín —exclama Jacob con voz acelerada, como los latidos de su corazón, mientras se levanta del sillón ayudándose de su inseparable bastón—.

Tamara, agarrándole del brazo, salen de la habitación y ambos recorren el pasillo hasta los ascensores. Seguidamente, bajan al recinto del jardín donde, muy despacio, van recorriendo, uno tras uno, los árboles de la figura geométrica perfecta que dibujan, por la tupida sombra que proyectan sobre el camino, refugio providencial y necesario para Jacob, de los todavía intensos rayos del sol de Julio.

—No quiero entristecerla Tamara, pero me gustaría saber... ¿qué tal va Vanessa con su tratamiento? —le inquiere Jacob con tono de preocupación por la suerte de Vanessa—.

—Va por días, unas veces lo tolera mejor y otros peor. Ella esta alegre, como si todo fuese un juego, sin tomar conciencia de su propia situación, pero es una niña y nosotros procuramos no transmitirle nuestra preocupación y nuestro dolor por su estado. —responde Tamara con tono apesadumbrado—.

—Y los médicos ¿ven una evolución positiva del tratamiento? —le insiste Jacob, con ganas de tener más datos—.

—¡No Jacob, no! No consiguen detener el progreso del cáncer. —exclama Tamara, con voz temblorosa, y que se derrumba a llorar en ese momento—.

—Mi niña, mi pobre niña, va a morir, y nadie puede ayudarnos. Dios mío, ¿por qué a ella y no a mí? —continua Tamara, en quien la desesperación ha hecho mella—.

—Tamara, mujer, tranquilícese, tenga esperanza, a lo mejor en unos días el proceso se detiene y vuelve a haber posibilidades de curación —replica Jacob con voz firme y tranquilizadora, en un intento de frenar y cambiar el estado anímico de Tamara—.

Jacob comprende perfectamente y comparte el dolor de Tamara, y la desesperanza que la invade, ante la irremediable y cercana pérdida de su hija, carne de su carne, la persona que más quiere, y se pone en el caso de que él fuese a perder a su hijo David. Muchas veces Vanessa ha entrado en la habitación de Jacob para enseñarle sus muñecas, con su

alegría, su luz resplandeciente, y él la quiere, ve en ella a esa nieta que no va a poder conocer.

Víctor se siente consternado, hay mucho dolor a su alrededor... ha captado estos pensamientos de Jacob y el profundo vuelco de su corazón, al oír las palabras de Tamara y ver su reacción. A pesar de que Vanessa no es su familia, él la siente como algo suyo, como compañera de una desgracia común y cuyo futuro es tan incierto como el suyo propio, aunque fatalmente predecible.

Con un cierto desaliento, pero algo más tranquilos, Tamara y Jacob han dado la vuelta completa al jardín y regresan a la habitación. Tamara se queda en la 303 y Jacob entra en la suya. Está cansado, le duelen mucho las piernas y se dirige, sin pensárselo dos veces, nuevamente, hacia su puesto de vigía, su querido sillón, para sentarse en él y estirar las piernas en el taburete.

Ahora, mirando a través de los cristales de la ventana, ve como las visitas de otros enfermos van abandonado el edificio. Ni su hijo ni su futura nuera han venido a verle a él, ni siquiera le han llamado por teléfono, y se siente un poco dolido.

—Un día más, sin hacer nada útil, como otro día cualquiera, y van pasando las semanas y los meses. Yo, que he sido todo pura energía, que no había quien me parase, ahora no hago nada... no puedo hacer nada, salvo esperar a que llegue la enfermera auxiliar con la cena, tomarme la pastilla para dormir y a la cama, hasta la mañana siguiente, y así ¿hasta cuándo?

¿qué clase de vida es ésta? ¿porqué tanta soledad, tantos dolores y tanto sufrimiento? ¿no sería mejor dormir eternamente, de una vez? —medita Jacob, con la mirada perdida en la lejanía, y sin entender, sin poder comprender desde un punto de vista humano, lógico, su situación presente—.

—Y ahora, ¿qué va a sucederme?, ésta persona va a morir en poco tiempo, y ¡yo con ella!. Y estos dolores, son insoportables, ¿no van a darle calmantes hasta la noche?. Este hombre necesita medicación... por favor, que alguien le ayude, ¿es que no ven su sufrimiento? —exclama Víctor todo lo fuerte que puede—.

Pero los labios de Jacob no se mueven, todo es inútil. Víctor no está acostumbrado a los fuertes dolores de la metástasis y sufre lo indescriptible, pero no puede pedir ayuda. Piensa en cómo el ser humano puede adaptarse a tan terrible situación y cómo Jacob soporta su calvario en silencio, esperando pacientemente el momento de su medicina.

Nuevamente la angustia envuelve a Víctor, y su pensamiento se centra en cómo llegar a contactar con el exterior. Ha olvidado la idea de que está muerto. Se siente vivo, muy vivo, y la experiencia dentro del cuerpo de Carol le ha abierto los ojos, le ha hecho ver cómo es posible dar parte de sí mismo para ayudar a las personas que tienes alrededor, empezando por el hombre que ama y que se encuentra en una mala etapa de su vida, y siguiendo con tus compañeros de

trabajo y los clientes objeto de tu trabajo, en este caso, los enfermos del hospital y la clínica.

No ha sentido un ápice de egoísmo en el comportamiento de Carol, ni siquiera en sus pensamientos que ha compartido por unas escasas horas. Siente una extraña culpabilidad haciendo una comparativa con sus propias acciones de antaño, de hace escasos días, en las que sentía una clara indiferencia frente a los sentimientos de las personas cercanas a él, en circunstancias parecidas.

Y ahora, en perspectiva, el reto más importante de un ser humano frente a él: enfrentarse a una muerte inminente, con la más terrible de las enfermedades... el cáncer.

No sabe ni cómo ni porque ha migrado desde el cuerpo de Carol al de Jacob, pero tiene una vaga esperanza de poder volver a transmutarse. Rechaza a éste cuerpo enfermo, es una aptitud que le tilda de cobarde y egoísta, pero no quiere estar en la piel de este hombre.

—¡No es justo, él no tiene porque sufrir también el calvario de Jacob! —grita Víctor mientras se sume en una profunda pesadumbre de impotencia y desesperanza—.

Capítulo V

El Abogado

Alexander Morris, abogado, doctor en derecho procesal, fiscal del estado, dueño del gabinete jurídico Morris Corporation, de treinta y cuatro años de edad, soltero, alto, delgado, de complexión fuerte, pelo castaño, ojos verdes y cara afilada. Alex es una persona ambiciosa, no con demasiados escrúpulos, que no transmite demasiada confianza en su semblante pero que emana inteligencia, característica ésta que, junto con su públicamente conocido saber hacer, le proporciona buenos clientes y jugosos ingresos. El prestigio de su firma ha trascendido fuera de Ámsterdam por lo que recibe consultas y lleva casos por todo el país.

Varias empresas de alto nivel, tales como Nordcam Components, la compañía propiedad de Jacob que dirige su hijo David, y de las que él gestiona todos sus asuntos legales, le proporcionan pingües ingresos, que le han llevado a alcanzar un alto nivel económico para poder permitirse lujos sabáticos al alcance de muy pocos.

Uno de los asuntos urgentes que lleva Alex entre manos es el testamento de Jacob que, si bien éste tiene como único

heredero a su hijo en lo relativo a las acciones de la empresa, casas e inmuebles y otras propiedades, en referencia al dinero efectivo y fondos de inversión quiere destinar ciertas cantidades a otros menesteres. La urgencia viene claramente determinada por el muy delicado estado de salud de Jacob y su inminente fallecimiento a corto plazo, según las expectativas médicas. Sin embargo, a pesar del deteriorado estado físico de Jacob, su mente permanece lúcida, tan lúcida que, a veces, le resulta molesto a Alex por su capacidad de control de cifras y repartos.

Hoy es lunes, tras una noche tranquila, Jacob ya ha desayunado y se ha levantado. Está, pausadamente, dando un vistazo a la prensa del día que le han traído hace escasos minutos.

—¡Buenos días, Sr. Carter!. ¿Qué tal se encuentra usted hoy? —exclama Alex entrando en la habitación de Jacob—.

—Alex... algo mejor, gracias, se me había olvidado la cita con usted y estaba a punto de bajar un rato al jardín... pero ya lo haré más tarde, tenemos asuntos importantes que seguir tratando —responde Jacob—.

—De acuerdo Sr. Carter, sigamos con las cláusulas de su testamento... la semana pasada estábamos hablando de realizar un donativo de doscientos cincuenta mil euros a la «Fundación Kroner—Antweert de Investigación Oncológica», ¿no es eso? —pregunta Alex, con un ligero tono de displicencia—.

Víctor ha visto la cara de Alex, ha escuchado sus últimas palabras, y tiene el presentimiento de que es una persona de poco fiar.

—Sí, ya recuerdo que le había dado esa cifra, pero he pensado aumentarla algo más, ciertamente la vida está por las nubes, y esta cantidad no es demasiado grande para la infraestructura y recursos que, tal como yo lo veo, necesitan en la fundación.... así que ponga usted mejor cuatrocientos mil euros en este apartado —responde Jacob con voz firme—.

—De acuerdo, como usted diga Sr. Carter, verdaderamente, y con esa cantidad, es más que probable que puedan iniciar varios nuevos proyectos de investigación... hace unos días le solicité a la fundación su Plan de Acción para los próximos cinco años, pero todavía no lo he recibido y, en cuanto lo tenga se lo traeré —explica Alex con tono firme, enfatizando su interés por tenerle informado en la mayor medida posible respecto a sus donativos—.

Jacob, que le ha mirado fijamente a los ojos cuando le ha participado el incremento sustancial de la aportación, ha notado claramente su disconformidad, aún sin saber sus razones. Él hace varios años que conoce a Alex, su apetito por el dinero, e intuye que no ve con buenos ojos que él despilfarre tan copiosas cantidades en fundaciones, entidades de beneficencia o sin ánimo de lucro. Está convencido de que Alex piensa que estas cifras mejor estarían destinadas a inversiones empresariales o inmobiliarias, productivas para su

hijo David.

Víctor ha captado esta sensación y está de acuerdo con lo que piensa Jacob. Viene a confirmar lo que había sentido en el momento de verle. Se palpa a primera vista que Alex tiene intereses propios, y que ayudar a otras personas no es santo de su devoción.

El firme propósito de Jacob es hacer su clara y última voluntad y, aún a sabiendas de que está fastidiando a Alex, continua con su generosa distribución dineraria.

—Bien Alex, pasamos al siguiente apartado... UNICEF, y aquí ¡tenemos que ser generosos!. Yo tuve una infancia difícil, y quiero que otros niños, del tercer mundo, puedan recibir una ayuda para mejorar su vida, en alimentación, atención sanitaria y educación. Por tanto, realizaremos un donativo de un millón de euros —dice con tono autoritario Jacob—.

— Sr. Carter, ¿ha considerado firmemente esta cantidad?. Ya nos estamos acercando al final de los fondos financieros, y si usted tiene en mente varios donativos pendientes de asignar, quizás fuese necesario reducir éste ¿no le parece a usted? —responde Alex con un evidente nerviosismo, a pesar de su gran intento por esconderlo—.

—¡Cada vez me cae peor este elemento! —piensa Víctor que ha visto la reacción de Alex y ha escuchado muy atentamente sus palabras. Ha percibido claramente que él está en contra de las decisiones testamentarias de Jacob, he intenta por todos los medios de hacer que las cambie, que

guarde para casa y sea menos altruista con las necesidades de sus semejantes—.

Entretanto, Jacob, mientras está escuchando las palabras de Alex siente mareos, se le va la cabeza y se le nubla la vista, siente como las piernas le flaquean.

—Alex, ¡me caigo...! —exclama Jacob, mientras se lleva la mano derecha a la cabeza y se tambalea—.

Alex suelta la carpeta con el documento que estaba redactando y se apresura a coger a Jacob. Lo arrastra hasta el borde de la cama y lo incorpora a ella. La cara de Jacob se ha puesto pálida, pero no se ha desvanecido. Pasan unos segundos.

—¿Se encuentra mejor? —pregunta Alex a Jacob—.

—Sí, ya estoy algo mejor, pero continuaremos otro día, acérqueme el documento para firmárselo —responde Jacob con tono algo tembloroso.—

Alex recoge del suelo la carpeta y el documento con las notas tomadas, y se lo acerca a Jacob a la cama. Le da un bolígrafo para que proceda a la firma y le indica el lugar al final del folio.

—¡Alex, por favor, ayúdeme!... siento debilidad en los brazos —exclama Jacob con tono algo más firme—.

Alex coge el antebrazo derecho de Jacob y lo acerca al documento para que lo firme. En ese momento, siente como un tenue calambre en su mano, pero no lo tiene en cuenta, piensa que ha sido por tocar la piel de Jacob y por su

diferencia de temperatura corporal. Este termina de estampar su firma, y Alex guarda el documento dentro de la carpeta.

Pero Alex se ha equivocado, ¡sí era necesario tener en cuenta su calambre!

Víctor, ha experimentado algo nuevo... toda su mente, su energía, se han trasladado al cuerpo de Alex y lo sabe, a ciencia cierta, porque ¡esta vez lo ha sentido!.

Cuando la mano de Alex ha cogido el antebrazo de Jacob, los dolores han desaparecido, él ha empezado a dejar de recibir los impulsos de los órganos de Jacob —vista, oído, tacto,...— y se ha hecho el silencio y la oscuridad, sólo ha quedado el túnel, ya conocido por él, con la luz, el calor, al fondo, y él iba hacia esa luz, rápidamente, de forma vertiginosa, como si fuese flotando en un espacio sin aire, sin rozamiento, hasta que ha alcanzado el foco de calor y, en ese momento, nuevamente ha vuelto a ver, a oír, a sentir los latidos del corazón, las piernas, los brazos, y su mano asiendo el antebrazo de Jacob, y acercándolo al documento que ha redactado Alex... pero Alex ahora ¡es él!.

Un regocijo recorre todo su ser, ¡Víctor se siente afortunado!, porque ahora está en un cuerpo joven y sano... tiene mucha vida por delante.

—¡Muchas gracias, Dios mío! —exclama Víctor, que por el momento ha olvidado que sigue preso dentro de un cuerpo extraño—.

Pero, de forma inmediata, Víctor se siente desalentado, su

alegría se apaga, porque Alex no parece ser una persona recta a tenor de sus impresiones en la conversación mantenida con Jacob.

—¿Y ahora, qué le espera dentro de una persona cómo Alex? —se pregunta Víctor a sí mismo—.

Víctor recapacita, ¿qué está diciendo?, ¿quién es él para catalogar la rectitud de otra persona?, ¿y cómo se comportaba él mismo hace unos días, unas semanas,... unos años?. Reflexiona, haciendo un análisis de lo que ha sentido en estos escasos dos días desde su accidente y tratando de establecer un denominador común que le indique cuáles son las reglas de sus transmutaciones.

—Me encontré en el interior de Carol, por su contacto físico al inyectarme la adrenalina. Ella me ha enseñado el amor a su profesión, hacia los seres humanos desdichados y su tolerancia impertérrita ante situaciones de afrentas injustas. Considero que es una mujer excepcional y no me hubiese importado ser como ella, salvo por el hecho de que soy hombre y eso me crea un conflicto emocional. Posteriormente, ella tuvo contacto físico con Eric y con muchos de sus enfermos en el hospital y en la clínica, pero yo no me transmuté... sólo cuando tocó la mano de Jacob. ¿Qué hay de diferente en Jacob para que yo fuese atraído a su interior para compartirlo?, ¿quizás sus dolores y agonía?. Pero, por otro lado e indudablemente, Jacob es un hombre de una gran inteligencia, y con él he aprendido que no es bueno dedicar

una vida a acumular fortuna a costa de los seres queridos, también he aprendido a afrontar el sufrimiento físico y el destino más adverso con serenidad y templanza, y a no perder de vista las necesidades de los demás, a ayudarles aún en las peores circunstancias de uno mismo. Y después apareció Alex, ¡la primera persona que tocó a Jacob! y me he transferido a él... ¿cuál es el motivo, el detonante de las transmutaciones?, ¿por cuánto tiempo y cuantas personas más me esperan?, ¿y cuál es el final? —medita Víctor, algo menos asustado, pero al mismo tiempo más inquieto—.

—Bip, bip, bip... —suena insistente el móvil de Alex en ese momento—.

—Dígame Angelina —contesta Alex a Angelina Hansly, su secretaria—.

—Está aquí la Sra. Nelson, que quiere hablar con usted de la vista de esta tarde, de forma urgente... ¿le digo que espere, o que vuelva más tarde? —pregunta Angelina—.

Theresa Nelson es cliente de Alex, mujer de 30 años de edad, atractiva, muy bien cuidada, con gran estilo en su vestimenta y que, indudablemente, no pasa desapercibida para los hombres. Está casada con el director de un importante concesionario de la marca Mercedes de automóviles, y tiene en marcha un proceso de divorcio con asignación de la tutela de sus dos hijos de corta edad, por una demanda presentada por su marido con el cargo de adulterio. Éste la sorprendió con el amante en su propio domicilio, al regresar antes de lo

esperado, con ocasión de un viaje de negocios a Alemania, finalizado de forma imprevista con un día de antelación. Ella, bajo cualquier concepto, quiere conseguir la custodia para que el marido le pase una importante pensión mensual, que la permita vivir sin trabajar el resto de su vida.

—Dígale que espere, y que en veinte minutos me reúno con ella, atiéndale —contesta Alex a su secretaria, cortando a continuación la llamada—.

Seguidamente, se despide de Jacob, cuyo semblante refleja que se ha recuperado totalmente del mareo sufrido, y sale de la habitación. Se acerca rápidamente con paso acelerado al Punto-de-Control de la planta y explica a la enfermera que Jacob ha sufrido un mareo y le ruega que vaya a atenderle por si necesita algo.

Alex toma un taxi y le indica al conductor la dirección del despacho, rogándole que le lleve lo más rápido posible puesto que tiene a una persona esperándole. En escasos diez minutos Alex llega al edificio donde está situada su oficina, coge el ascensor hasta la tercera planta.

Toda esta planta está alquilada por la empresa de Alex. Un conjunto de seis despachos, dos salas de reuniones, una amplia recepción y varios cuartos de baño conforman el gabinete jurídico.

Su despacho, el más amplio, tiene entrada directa desde la recepción, y está formado por dos ambientes, y un cuarto de baño completo. Con grandes ventanales al fondo según se

entra, y al lado izquierdo, está situada la amplia mesa de Alex, de madera de nogal, con un sillón ejecutivo y dos sillas de confidentes en cuero negro, con un ordenador y multitud de carpetas encima de ella. Justo detrás, una librería repleta de libros y expedientes de clientes. Al lado derecho, una mesa baja de cristal arropada por un gran sofá y dos sillones de cuero negro, detrás la puerta del cuarto de baño. De frente, y junto a los ventanales, una mesa también de madera de nogal para reuniones, con seis sillas.

—¡Hasta luego! —exclama Alex a las dos personas, conocidas de vista, que subían con él en el ascensor, saliendo con paso acelerado hasta llegar a la puerta del gabinete—.

—Sr. Morris, ¡le estábamos esperando!. La Sra. Nelson le aguarda impaciente en su despacho —exclama Angelina, que esperaba nerviosa su llegada en la sala de la recepción—.

—Voy a atenderla ahora mismo, ¿algún otro asunto urgente? —demanda Alex—.

—No... cuando usted termine revisamos la agenda, ¿quiere que le lleve un café? —pregunta Angelina, que ya había puesto dos cafés con anterioridad a la Sra. Nelson—.

—Sí, gracias, largo de café como siempre... no me pase llamadas ni nos interrumpa hasta que terminemos —responde Alex, que necesita un café cargado dado lo agitada que se ha presentado la mañana—.

—Querido Alex, ¡por fin!, le llevo esperando una eternidad... —exclama Theresa, con tono que denota una confianza

inexistente pero necesaria para ella, mientras se apresura a estrechar la mano de Alex—.

—¡Buenos días, Theresa! Dígame, ¿qué es lo que la inquieta? —responde Alex, con voz firme y pausada, mientras ambos se acercan a la mesa donde Alex deposita su carpeta—

—Mis hijos, ¡usted tiene que conseguir, como sea, que el juez me asigne a mis hijos!. Esos pobres niños, si se van con su padre, todo el día de reuniones, de viajes, estarán solos, ¡tan solos como lo estaba yo, abandonada!. O peor aún, estarán con una chacha de Dios sabe dónde, con poca cultura, que les inculque una mala educación, ¡compréndame Alex...!. Yo soy una buena madre, siempre lo he sido, y dedicaría todo mi tiempo a ellos, no haría ninguna otra cosa más en esta vida salvo proporcionales cariño y una educación acorde con su clase. Llevarles al colegio por la mañana, recogerles por la tarde, y estar mucho tiempo a su lado, como ahora lo estaba haciendo. Viviremos en un barrio de alto nivel, y les pondré una institutriz y profesores de música y danza que completarán su nivel y formación cultural. por favor, ayúdeme, el juez tiene que entenderlo... yo quiero tener a estos angelitos conmigo, y que su padre pague la educación que merecen. —le explica Theresa, con voz apesadumbrada, mientras un par de lágrimas caen de sus ojos—.

Alex, perro viejo en estas lides, de toda la argumentación de Theresa sólo se ha quedado con el jugo, o sea, ella quiere

tener a los niños para que el padre le proporcione una pensión vitalicia por ellos, que la permita vivir de lujo, sin trabajar, y tener todo el tiempo libre del mundo mientras sus hijos están en el colegio.

—Cálmese Theresa, yo la comprendo muy bien, perfectamente, pero ya sabe usted que hay pruebas de adulterio en su contra, que evidencian además un cierto abandono de sus hijos, y va a costarme mucho conseguir lo que usted me está demandando —replica Alex, que ha enfatizado el coste para que ella lo entienda—.

—Sí, Alex, yo sé que le va a costar mucho, pero también sé que usted es el mejor abogado del país, y yo le voy a pagar mucho dinero si lo consigue. Ya sabe usted que lo tengo en el banco a mi nombre, y va a quedar muy satisfecho, digamos... ¿doscientos mil euros? —le sigue explicando Theresa, ante el expectante Alex, que escucha todas sus palabras—.

Alex, al oír la cantidad, sólo ha pensado durante escasos segundos en el último modelo deportivo de la casa Mercedes, que le vendría muy bien para su pequeña colección; además, podría comprárselo al marido de Theresa —piensa con sarcasmo e ironía— y así todo quedaría en familia.

—Mi querida Sra., su oferta es muy gratificante por la valoración que denota de mi profesionalidad, y no encuentro argumentos para rechazarla. Por tanto, acepto el caso, pero quiero que tenga la seguridad de que creo en usted, y la certeza de que el hecho de que sus hijos vivan con usted es la

mejor opción para su educación y vida futura, y por ello, voy a defenderlo con todos mis conocimientos y energía en la vista de esta tarde frente al juez. —le responde Alex, con tono firme, sentando cátedra, y no dejando entrever en ningún momento sus engañosas palabras, ya que la única razón de aceptar el caso es la enorme cifra de dinero que le va a pagar Theresa—.

Víctor, que ha escuchado el tono y los términos de las palabras de Theresa, que ha visto su cara mientras las pronunciaba y que ahora ha captado los pensamientos de Alex al respecto y sus palabras. Está sorprendido. Ambos dos están jugando... es un puro negocio, ni más ni menos. Están regateando con la justicia como si estuviesen en un mercadillo comprando un mueble antiguo.

Theresa, de pie frente a Alex, le mira fijamente a sus brillantes ojos verdes, y su cara se pone resplandeciente al comprobar que ha conseguido su primera meta, convencerle para que la defienda. Está completamente segura de que él va a lograr que ella viva de su marido, sin tener que volver a trabajar nunca y a un alto nivel social, relacionándose con personas interesantes, importantes y con mucho dinero. Es como un sueño, y una idea le pasa por la cabeza, ¿por qué no recompensar a Alex de otra forma, como ella sabe?.

—Me hace usted muy feliz Alex, es la mejor noticia que he recibido en los últimos meses, desde que empezó todo este lío. Si mi marido no me hubiese tenido tan abandonada, reuniones todos los días, viajes a la central en Alemania

durmiendo sola muchas veces... esto no hubiera ocurrido. Yo soy una mujer que necesita mucho amor, ¿... tú ... me comprendes, verdad? —le relata Theresa, con tono tierno y sensual, tuteándole, mientras adelanta su cuerpo hacia el de Alex, el escaso metro que los separaba y levanta su brazo y mano izquierda hacia los hombros y la nuca de él—.

Alex, que ya ha vivido situaciones parecidas anteriormente, es un hombre activo al que le satisfacen plenamente las iniciativas de mujeres atractivas, lo suficientemente atrevidas como para lanzarse a un flirteo esporádico, por negocios, o sin ninguna razón en concreto, sencillamente un deseo momentáneo. Theresa está muy apetitosa como mujer, y él preparado para lo que sea necesario.

—Theresa, ya veo que sabes lo que quieres, y eso me gusta... y eres una mujer muy atractiva —responde Alex con voz firme y prepotente, tipo conquistador de tres al cuarto, mientras la boca de Theresa se acerca a la suya y se funden en un beso largo y lascivo—.

Ni corta ni perezosa, Theresa, mientras juguetea con su lengua dentro de la boca de Alex y le tiene asido de la cabeza con la mano izquierda para que no se aparte, le lleva su mano derecha a la entrepierna, le acaricia la zona del pene comprobando que lo tiene duro y, seguidamente, le desabrocha el cinturón del pantalón y lo deja caer. El pene de Alex ha surgido por encima del diminuto calzoncillo, y ella se lo agarra sintiendo su calor. Ella está ya muy cachonda, y nota

como se le empapa su vagina.

—¡Cómo me pones, tigre mío, voy a comerme tu cañón... ahora mismo! — exclama algo sofocada Theresa que ha parado de besarle y se deja caer de rodillas sobre la alfombra que cubre todo el suelo del despacho—.

Alex, sin decir palabra, ha retrocedido unos centímetros para apoyarse y asir con sus manos hacia atrás el borde de su mesa del despacho, adelantando su pelvis y mostrando su pene erecto en primer plano.

Theresa, sin dudarlo, se lo introduce en la boca y, mientras, con las dos manos le baja el calzoncillo. Su lengua recorre todo el glande de Alex y, especialmente, se regodea lamiéndole la punta, mientras su mano izquierda le acaricia los testículos y la derecha sube por debajo de su camisa hasta llegar a su pecho y pezones. Pasan unos minutos y el pene de Alex entra y sale de su boca cada vez con más frenesí.

— ¡Ah... Ah...! sigue, sigue, voy a correrme —exclama Alex que siente un enorme placer con la suave lengua de Theresa y las succiones de su boca—.

—¡Uff... ya, para, para! —profiere Alex, con tono de satisfacción y ligero agotamiento por la tensión mantenida, que se acaba de correr dentro de la boca de Theresa—.

—¿Has disfrutado, león? —pregunta Theresa con voz sensual, mientras parte del semen de Alex la resbala por las comisuras de sus labios—.

—¡Mucho, me ha gustado mucho! —responde Alex mientras

se deja caer en la silla de confidente más cercana—.

—Bip, bip, bip... —suena el móvil de Alex—.

—¡David!, ¿cómo llevas el día? —exclama Alex, con voz firme que no denota su situación actual—¿Tienes un rato y comemos juntos? ¿Qué tal con mi padre? —pregunta David—.

—Tu padre está bien, aunque tuvo un pequeño mareo sin importancia. Podemos comer, pero rápido, porque esta tarde tengo una vista para una cliente importante —responde Alex mirando a la cara sonriente de Theresa—.

—¡De acuerdo!, dentro de media hora en el restaurante enfrente de Nordcam, como siempre. ¡Te veo allí! —exclama David, cortando seguidamente la comunicación.

—Theresa, tengo que irme... esta tarde lleva ropa clásica, elegante pero no sofisticada, estaremos el juez, tu marido, su abogado, tú y yo... ¡ah!, y por cierto, en todo momento de usted como Sr. Morris ¿entendido, verdad? —explica y pregunta Alex—.

—Claro, mi querido... Sr. Morris... ahora sólo has visto el principio, pero en otra ocasión vas a saber todo lo que puedo darte, y sentir en mis brazos. —le replica Theresa que se ha incorporado y se dirige al cuarto de baño—.

¡Bien, lo he logrado, que inteligente soy! —va pensando Theresa, con su ego a punto de explotar, en su recorrido— Alex es lo que necesitaba para triunfar en mis planes. Él me ha entendido y he conseguido que nazca una complicidad entre ambos que, a partir de ahora, voy a alimentar comiéndole el

seso y haciéndole disfrutar como yo sé hacerlo. Por fin todo empieza a salir como tantas veces había planificado. Y ahora, a esperar que él haga su trabajo esta tarde.

Víctor está maravillado, nunca se había visto en una situación tan excitante, que una mujer le violase en su lugar de trabajo, y ha sentido un placer desmesurado, todas las sensaciones de la lengua de Theresa en la boca y el pene de Alex han sido también suyos, todo su cuerpo con sus músculos en tensión hasta alcanzar el orgasmo, con tres andanadas de semen, ...y la imagen de la cara de ella en ese momento, también han sido suyos. ¡Qué listo que es Alex, —piensa— cómo ha sabido aprovechar la oportunidad!, y además esta mujer seguro que quiere llegar a intimar más con él!.

Ahora, afortunadamente, él no está en el cuerpo de una mujer, con sensaciones contradictorias, ni en el cuerpo de un viejo decrepito, moribundo, sino en el interior de un joven sano, fuerte, inteligente y, al parecer, con mucho dinero. Y además, no se ha transmutado a Theresa. ¡Esto me está empezando a gustar! —concluye Víctor— mientras se ríe del doble sentido de sus últimas palabras y piensa, jocosamente, que el pene no debe ser la puerta de salida del cuerpo de un hombre.

Alex, se ha incorporado, se ha vuelto a vestir —tiene prisa y no necesita ir ni siquiera al baño, porque Theresa le ha dejado el pene muy, pero que muy limpio— y espera a que ella salga.

En estos minutos, sin perder el control de su negocio, ha extraído y rellenado un documento de acuerdo de servicios de

defensa para que Theresa lo deje firmado. Es una cantidad importante de dinero y es mejor hacer las cosas correctamente para no tener problemas después —ha pensado, con un buen juicio—.

—Theresa, ha sido un placer, firma aquí nuestro acuerdo, y te acompaño a la puerta... —dice Alex, que le entrega su bolígrafo a Theresa, quién firma el documento, y ambos se encaminan a la puerta de salida del despacho—.

—Hasta la tarde, ...Sr. Morris, seré puntual —replica ella, parándole un instante, y dándole un fugaz beso en los labios—

—Angelina, por favor, acompañe a la Sra. Nelson hasta la salida, y venga rápidamente a mi despacho para revisar los asuntos urgentes porque tengo que irme —explica Alex a su secretaria mientras estrecha la mano de Theresa en plan de despedida—.

Alex, que salió del despacho escasos minutos después que Theresa, ha llegado al restaurante HollandBeef y, de un rápido vistazo, comprueba que David ya le está esperando en una mesa, al fondo, algo retirada, y presto se dirige hacia ella.

—Perdona chico, pero el taxista era un deficiente mental, se le han colado todos los coches del mundo, venía negro de verle como conducía —comenta ligeramente cabreado Alex mientras saluda con un pequeño palmetazo en la espalda de David—.

—¿Qué le ha pasado a mi padre? —dice inquisitivo David—

—Nada, no te alteres, simplemente un mareo sin importancia que se le ha pasado en dos minutos. Hemos avanzado en el capítulo de la fundación, y quiere donar una cantidad enorme para UNICEF... David, estoy preocupado porque está destinando prácticamente todo el líquido de su fortuna a donaciones altruistas, e investigación, que está muy bien, éticamente hablando, pero desde un punto de vista financiero puede ser un verdadero desastre, ¿qué opinas tú como heredero y hombre de negocios que eres? —explica y pregunta Alex—.

—Es mi padre, Alex, él ha creado la empresa y el dinero es suyo. En principio él tiene el derecho y la capacidad de disponer hasta el último céntimo pero, ciertamente, ello supone una falta de liquidez que puede darnos muchos problemas para las transacciones de comercio exterior previstas en los próximos seis meses. Necesito que me pases un resumen del reparto realizado hasta el momento y el remanente en efectivo, junto con los fondos de inversión a cotización actual, y voy a acercarme a la clínica para hacerle entrar en razón —replica David con tono de preocupación—.

—Me tranquilizan tus palabras, y habría que conseguir que parase en las donaciones, y destinase una buena parte a invertir en el área inmobiliaria que ahora está en una fase de auge. Espero que le convenzas —responde Alex, terminando el tema, al ver acercarse al camarero para tomarles nota—.

La comida transcurre normalmente y hablan de varios temas relacionados con las finanzas de Nordcam Components. Son ya las 15h y Alex tiene que volver al despacho para revisar el expediente de Theresa y acudir a las 16h30 al juzgado nº 7 de la capital donde se celebra la vista para la sentencia de divorcio y tutela de los dos niños. Se despide de David y toma el taxi que, previamente, le había indicado que pidiese al camarero y le espera en la puerta.

—¿Alguna novedad? —pregunta Alex a Angelina entrando en el gabinete y dirigiéndose a la puerta de su despacho—.

—Ninguna Sr. Morris ¿le preparo un café? —demanda Angelina—.

—Sí, gracias, como siempre, y pícame un taxi para las 16h10' exactamente —responde Alex con voz templada—.

Ya en su sillón, plácidamente sentado, se sumerge en el expediente de Theresa, y recapacita sobre su estrategia en la vista.

El marido la sorprendió con el amante en la habitación, pero nadie más les vio, es una prueba circunstancial, no definitiva del delito en sí mismo. Es la palabra del marido frente a la de Theresa... y a la de Adam Martin, su amante que, claramente declararía que todo es mentira. Pero están los niños, que estaban en la casa, abajo, en el cuarto de juegos mientras ellos estaban fornicando... ahora bien, los niños vieron a Adam cuando llegó, le saludaron, y Theresa, dejándole en el salón, llevo a los niños a jugar y cerró la puerta. Por tanto, ellos no

saben si Adam se quedó todo el tiempo con su madre en el salón, o se fueron a la habitación del piso de arriba. No se puede alegar abandono del cuidado de los niños, porque otras muchas veces ellos han estado jugando y viendo la televisión durante una o dos horas.

Por otro lado, el marido no les vio realizar el acto, puesto que cuando llegó a la habitación conyugal ya habían terminado, si bien ella estaba solamente con un camisón abierto, Adam estaba completamente vestido. En la discusión que se desató, Adam salió rápidamente de la habitación, y de la casa, sin que, según dice Theresa, nadie le viese, por tanto, no hay testigos de cargo, ni siquiera los niños. Afortunadamente —piensa Alex con malicia— el marido de Theresa se quedó tan parado y sorprendido que no supo reaccionar para impedir que Adam se fuese.

—¡Bien, caso cerrado! —exclama Alex para sí mismo en el convencimiento de que tiene argumentación más que suficiente para la defensa de Theresa, y sus 200.000 euros—.

—¡Será hijo de su madre! —exclama Víctor, que ha captado estos pensamientos, todo lo fuerte que puede, sin que nadie le escuche— pero cómo es posible que después de haber pillado a la zorra esta, en su propia casa, vaya a quedar el marido como un mentiroso, aparte de imbécil.

Es la hora de la vista y en la sala nº 7 se encuentran ya todos los citados, salvo el juez, Simon Lavine, que entra en ese preciso momento.

—Buenas tardes señores, abrimos el caso 3.546 de mi protocolo, *divorcio y custodia de menores de los Sres. Nelson...* proceda el abogado del demandante —explica el juez con voz firme y tono serio—.

—Señoría, mi cliente sorprendió a su esposa en relaciones ilícitas con Adam Martin, su presunto amante, en su propio domicilio y habitación conyugal, al volver anticipadamente, sin preaviso, de un viaje de negocios. Por ello, exige el divorcio a la demandada y la tutela de sus hijos, al considerar que la madre los tiene desatendidos por dedicar su tiempo a otros menesteres menos maternos en lugar de cuidarles. —expone el abogado defensor del marido—.

—Prosigamos... ¿qué tiene que alegar la defensa? —le inquiere el juez mirando a Alex—.

—Señoría, el susodicho Adam Martin, no presente en esta vista dado que he considerado como no necesaria su presencia, es un Asesor Financiero Independiente que, la mañana de autos, visitó a mi defendida para informarle ampliamente y recomendarle unos fondos de inversión para una cierta cantidad de dinero que ella mantiene en efectivo, con una rentabilidad prácticamente nula. Este Sr., en todo momento se limitó a su trabajo, en el salón de la casa, del modo más educado y profesional. —responde Alex—.

—*¡Por Dios, está mintiendo!* —exclama Víctor, que no sale de su asombro por las palabras de Alex, todo alterado—.

Seguidamente, y ante la demanda del juez, el marido

explica todo lo ocurrido —tal como Alex conoce— solicitándole al abogado, una vez concluida su exposición de los hechos, pruebas que certifiquen sus aseveraciones. Ante la no existencia de las mismas, solicita a Alex la argumentación de su defensa —tal como había preparado en el despacho— y, tras escucharle atentamente, y valorar las respectivas alegaciones, dicta sentencia.

—No existen pruebas que fundamenten una legítima causa de divorcio por adulterio. Entiendo que puede haber otras causas por las que el Sr. Nelson quiera el divorcio de su esposa y, a tenor de la legislación vigente, se lo otorgo en este acto. En relación a la custodia de sus dos hijos menores de ocho y nueve años, respectivamente, queda en manos de su madre hasta los catorce años de edad en los que ellos mismos serán consultados para decidir si continúan con su madre o pasan bajo la tutela de su padre. Éste tendrá derecho, durante este periodo a una visita de un día completo cada quince días y tendrá la obligación de revertir una pensión a la actual Sra. Nelson, equivalente al 40% de su salario mensual y pagas extras, libre de impuestos según la normativa vigente, en concepto de *hábitat*, manutención y educación de sus dos hijos. Dicto sentencia y rubrico en Ámsterdam, a 25 de Julio del año 2003. —se pronuncia el juez, dando la vista por finalizada—.

Víctor no da crédito a lo que está escuchando. Alex ha engañado a la justicia, ha hecho equivocarse a un juez por

dinero, ha sentenciado a unos niños a vivir con una madre un tanto ligera de cascos y con un futuro incierto, y ha obligado a un padre a prescindir del cariño de sus hijos, teniendo que mendigarlo dos veces al mes.

—¡Joder macho!, ¿es qué no tienes un mínimo de dignidad?. ¿Qué ha sido, la pasta o la lengua de la pajarita? — exclama enervado Víctor, con toscas palabras y rabia incontenible—.

Pero Alex no se puede percatar de estas divagaciones de Víctor, y está en ese momento saludando a su homólogo, y al marido de Theresa. Con educación, tal como necesita la situación, pero al mismo tiempo con un semblante de prepotencia y superioridad.

Theresa, que ha permanecido expectante a la sentencia, trata con todas sus fuerzas de controlar su enorme alegría para que no se percaten los presentes, y mantiene tensa la expresión de su cara. Ahora ya es verdad, el 40% del sueldo de su marido es ¡un montón de dinero!. ¡Qué listo que es Alex, cómo le gusta! —piensa ella, para sí misma, con un regocijo y calor interior que nunca antes había sentido en toda su vida—.

—Gracias Alex, le telefonearé más tarde. —comenta Theresa, con tono pausado mientras le estrecha la mano despidiéndose de él, para dirigirse a la salida del juzgado—.

Alex ha regresado nuevamente al despacho, son las 18h30 y está cerrando el expediente de Theresa.

—Ring, ring,... —suena el teléfono de su mesa—.

—Sí, Angelina... —contesta Alex—.

—La Sra. Nelson por la línea uno, ¿puede usted ponerse?
—pregunta su secretaria—.

—Sí, gracias, lo tomo directamente... Theresa, ¿todo bien?

—pulsas Alex el botón de la línea uno para tomar el control de la llamada y le pregunta—.

—Muy bien, Alex, todo ha salido perfectamente, ya tengo a mis hijos... y unas ganas irrefrenables de demostrarte mi agradecimiento. Hoy, con este lío de la vista, he llevado a los niños a casa de mi madre y se quedan allí a dormir. Me encantaría cenar contigo y, luego, conozco un hotelito precioso y muy discreto cerca de Shippol donde podríamos pasar una noche inolvidable tú y yo solos, para celebrarlo, ¿qué te parece mi plan? —le responde Theresa, directa, con una voz sensual, que le invita a disfrutar de ella y le inquiere una inmediata respuesta a su proposición—.

—Querida Theresa, me gusta tu propuesta, pero tendremos que dejarlo para otro día. Hoy, precisamente, es el cumpleaños de mi hermana Christina, y salgo para Breda en diez minutos. Entiéndelo, ella tiene una minusvalía y está en una silla de ruedas. El día de su cumpleaños es especial para nuestra familia, y todos nos reunimos. Si quieres, me llamas mañana al medio día y compruebo mi agenda ¿de acuerdo? —le explica Alex, que no ha dudado ni por un momento el hablarle claramente a Theresa—.

—... sí, vale, estoy de acuerdo, no sabía lo de tu hermana... ¡qué lo pases bien con tu familia!, un beso —exclama Theresa, con voz algo cortada, entre sorprendida y consternada por que su plan se ha ido al garete. Iba todo también hoy, hasta que ha surgido la inválida para fastidiarlo—.

Alex ha zanjado todos los temas del día, sale del despacho y se dirige al ascensor para bajar al aparcamiento del segundo sótano del edificio, donde tiene aparcado su BMW. Se siente contento, hoy ha demostrado —una vez más, piensa— que es uno de los mejores abogados que existen, como defensor o como fiscal, él es capaz de manejar los casos como mejor le parezca.

Además, ha ganado 200.000 euros en tres horas de trabajo, ¡genial!. Y respecto a Theresa, hay que reconocer que es una artista con la lengua, realmente le ha gustado. Le motiva saber cómo se lo puede montar en la cama, así que ¡sí!, mañana va a quedar con ella. Lo que hay que hacer... cuanto antes se haga mucho mejor —piensa—.

Víctor ahora conoce un poco más de la filosofía de vida de Alex, le gusta su desparpajo y le considera muy inteligente, pero no es honesto, no tiene escrúpulos ni sentimientos hacia nadie, salvo, al parecer para su familia, aunque está por ver —piensa—. Sí él pudiera decirle al juez todo lo que sabe... ¡pero cómo hacerlo!. Ha sido el mudo testigo de una flagrante injusticia, y no puede denunciarlo. Él no es Alex, pero no puede dejar de tener un profundo sentido de culpabilidad.

Quizás en los próximos días surja algo que permita sacar a la luz este comportamiento y remediar el daño causado al marido de Theresa y, hablando de ella, ¡buff!, aplaude la decisión captada de Alex porque él también quiere acostarse con ella, lo está deseando, si maneja todo lo demás como su lengua, ¡va a ser de alucine!.

Mientras tanto, Alex ha enfilado la autopista que lleva a Breda, la misma que lleva a Utrecht y donde Víctor tuvo el accidente. Conduce deprisa, muy deprisa, para como acostumbra a conducir el propio Víctor, ignorando los límites de velocidad, pero con la seguridad que le proporciona la alta tecnología y prestaciones de la máquina, uno de los últimos modelos, que lleva entre manos. En ese momento, Alex pasa justo por el lugar donde Víctor tuvo el accidente y un sobrecogimiento recorre todo el ser de éste último.

El resto de capítulos puedes conseguirlos en la web de AMAZON de tu país, en formato eBook o Libro de Tapa Blanda poniendo en la barra de búsqueda “El Alma Errante”.